APÓCRIFOS BÍBLICOS

I

José Carlos Canalda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN **3**

I. ADÁN Y EVA **4**

LA TENTACIÓN ORIGINAL 5
CONTRAOFERTA (I) 6
CONTRAOFERTA (II) 7
CONTRAOFERTA (III) 8
LA PRIMERA CREACIÓN 9
LA VERDADERA HISTORIA DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE 10
LA VERDADERA HISTORIA DE CAÍN Y ABEL (I) 13
LA VERDADERA HISTORIA DE CAÍN Y ABEL (II) 17
YA PROMETÍA 20
GANARÁS EL PAN... 21
...CON EL SUDOR DE TU FRENTE 23
LA VERDADERA HISTORIA DEL PECADO ORIGINAL (I) 24
LA VERDADERA HISTORIA DEL PECADO ORIGINAL (II) 26
LA VERDADERA HISTORIA DEL PECADO ORIGINAL (III) 28
REFORMA LABORAL 30
LA MANZANA DEL PARAÍSO 32
QUIEN HIZO LA LEY... 34
INCIDENTE FRONTERIZO 35

II. NOÉ Y EL ARCA **38**

LA VERDADERA HISTORIA DEL ARCA DE NOÉ (I) 39
LA VERDADERA HISTORIA DEL ARCA DE NOÉ (II) 41
LA VERDADERA HISTORIA DEL ARCA DE NOÉ (III) 43
LA VERDADERA HISTORIA DE LA PALOMA DE LA PAZ (I) 46
LA VERDADERA HISTORIA DE LA PALOMA DE LA PAZ (II) 48
MAL MENOR 50
CRECED Y MULTIPLICAOS 52
OCASIÓN PERDIDA 54
LA VERDADERA HISTORIA DE LA EXTINCIÓN DE LOS MAMUTS 56
LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DEL VINO (I) 58

LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DEL VINO (II) 59
LA VERDADERA HISTORIA DE LA EXTINCIÓN DE LOS TILAPERIOS 60
LA VERDADERA HISTORIA DE LA EXTINCIÓN DE LOS TITEROTES 62
LAS PRISAS NO SON BUENAS 64
LAS DUDAS DE NOÉ 66
LAS TRIBULACIONES DE NOÉ 68
DESPUÉS DEL DILUVIO 71
CUESTIÓN DE TAMAÑO 72
OPORTUNISMO 74

III. MOISÉS Y CÍA 75

LA DÉCIMA PLAGA 76
LA DIETA DE LOS DIOSES 78
COMO CAÍDO DEL CIELO (I) 80
COMO CAÍDO DEL CIELO (II) 84
EL UNDÉCIMO MANDAMIENTO 86
LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL MAR ROJO (I) 87
LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL MAR ROJO (II) 88
PROBLEMAS DE COMPATIBILIDAD 90
LA VERDADERA HISTORIA DE LAS MURALLAS DE JERICÓ 92
LA VERDADERA HISTORIA DE JOSUÉ 93
LA VERDADERA HISTORIA DE MOISÉS Y LA TIERRA PROMETIDA 94
LA VERDADERA HISTORIA DEL BECERRO DE ORO 97

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las "*víctimas*" son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en ocho volúmenes. Los recogidos aquí corresponden al primero de los dos volúmenes de temática bíblica, todos ellos inspirados en el Antiguo Testamento. Dentro de cada apartado están organizados por orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

I. ADÁN Y EVA

LA TENTACIÓN ORIGINAL

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer:

“Ya es primavera en el Corte Francés”.

Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos.

CONTRAOFERTA (I)

Y Dios le dijo a Adán, antes de expulsarlos a él y a Eva del jardín del Edén:

-*Ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste sacado, pues polvo eres y en polvo te convertirás.*

Mas apenas habían atravesado éstos el umbral, cuando la serpiente, que les había seguido a escondidas, mostrándose de nuevo ante ellos exclamó:

-*Por el mismo precio, yo os ofrezco no sólo el pan, sino un menú del día completo con el café incluido.*

CONTRAOFERTA (II)

Y Dios le dijo a Adán, antes de expulsarlos a él y a Eva del jardín del Edén:

-*Ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste sacado, pues polvo eres y en polvo te convertirás.*

Mas apenas habían atravesado éstos el umbral, cuando la serpiente, que les había seguido a escondidas, mostrándose de nuevo ante ellos les tentó:

-*¿Para qué sudar innecesariamente? Por un módico precio y con cómodo pago a plazos os ofrezco el mejor aire acondicionado del mercado.*

CONTRAOFERTA (III)

Y Dios le dijo a Adán, antes de expulsarlos a él y a Eva del jardín del Edén:

-*Ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste sacado, pues polvo eres y en polvo te convertirás.*

Mas apenas habían atravesado éstos el umbral, cuando la serpiente, que les había seguido a escondidas, mostrándose de nuevo ante ellos le tentó:

-*Te ofrezco un puesto de liberado sindical, donde nunca tendrás que sudar para ganarte el pan.*

LA PRIMERA CREACIÓN

Y dijo Dios: “No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda semejante a él”. Hizo caer a Adán en un profundo sueño y, cuando estaba dormido, tomó una de sus costillas cerrando en su lugar la carne. Y de la costilla que de Adán tomara, formó Dios a la mujer.

Pero ocurrió que para la Creación Dios había adquirido un equipo comercial que no sabía manejar demasiado bien, por lo que al desconocer la anatomía de Adán tomó por error no una de sus costillas, sino el hígado, con lo cual los resultados no fueron los deseados por Él.

Y al no ser capaz de deshacer los últimos cambios, Dios se vio forzado a formatear el sistema comenzando la Creación de nuevo.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE

Cuando Dios ultimó el diseño del hombre lo presentó al inspector de área, tal como era preceptivo, para que lo visara y se le permitiera su creación. Pero para sorpresa suya, lo que pensaba que sería un simple trámite se convirtió en un verdadero quebradero de cabeza -o su equivalente celestial- ante los reparos con los que se encontró.

-Perdone que le diga que no entiendo los motivos para tamaño despilfarro -le objetó su superior-. ¿A razón de qué viene esto de poner todos los órganos internos por duplicado? Menudo despilfarro, cuando con uno de cada sería más que suficiente.

-Sí, tiene usted razón -concedió Dios humildemente, ya que no era cuestión de enfrentarse con quien tenía la llave de su futuro-. Pero lo hice considerando los potenciales beneficios de la redundancia. Así, si uno de los órganos fallara el espécimen siempre podría seguir viviendo con el segundo. Ésta es la ventaja, ya que de esta manera mis criaturas serían más resistentes y longevas.

-Paparruchas -le espetó su hierático interlocutor-. ¿Para qué quiere usted que sus criaturas sean tan longevas? Eso perjudicaría al ritmo de su evolución, retardándolo e incluso quizá estancándolo. Además, creo recordar que en los cursillos previos se les dejó bien claro a todos ustedes que lo que interesaba era estudiar el proceso de evolución de estos seres, no que cada generación de los mismos fuera más duradera.

-¿Entonces? -preguntó el candidato con un hilo de voz -en realidad de *pensamiento*.

-Está claro que no puedo dar el visto bueno a su boceto mientras usted no suprima esas absurdas... redundancias.

-¡Pero eso haría que mis criaturas fueran más frágiles y efímeras!

-De eso es precisamente de lo que se trata, de incrementar el número de generaciones y, por lo tanto, de los posibles procesos de mutación durante el período de vigencia del proyecto. Como verá, justo lo opuesto a lo que usted pretende.

-¿Entonces?

-La solución es sencilla: suprima esa redundancia innecesaria. Le admito que haya duplicado órganos en el exterior del cuerpo, al fin y al cabo las extremidades pares son convenientes para caminar y, en el caso de los seres bípedos, para manipular objetos, y también resulta interesante la visión estereoscópica con dos ojos. Pero en lo que respecta a los órganos internos, la situación cambia por completo.

-¡Pero eso me obligará a modificar completamente el diseño, y perdería demasiado tiempo en hacerlo tal como usted me dice!

El inspector estuvo a punto de responderle que ése era su problema, pero finalmente se apiadó del joven aspirante a Creador. Al fin y al cabo él también había sido en su día uno de ellos, y había pasado por sus mismos problemas.

-Está bien -concedió-. Estoy dispuesto a visarle el proyecto siempre y cuando usted acceda a modificarlo parcialmente; entiendo que ya tiene mucho trabajo hecho y que le resultaría un trastorno grave tener que volver a empezar desde el principio. Puedo permitirle que deje duplicados aquellos órganos cuyo desarrollo tenga ya muy avanzado, siempre y cuando no sean los más vitales tales como el corazón o el cerebro, éstos son innegociables.

-Tengo terminados los riñones...

-Ya que están, los dejaremos pasar.

-Los órganos genitales...

-También pueden quedarse, al fin y al cabo nos interesa que sus criaturas se reproduzcan todo cuanto sea posible. Pero ojo, sólo los germinales, testículos y ovarios respectivamente, nada de duplicar también los copulatorios ya que eso fomentaría la concupiscencia.

-Los hígados y los páncreas...

-De eso nada, con uno de cada bastará. Y lo mismo digo del estómago y del resto de los órganos del aparato digestivo. Le permito, eso sí, que los haga más grandes, al fin y al cabo el sitio que pueden ocupar en la cavidad interna del cuerpo es el mismo sean uno o dos.

-Los pulmones...

-Veo me los ha dejado para el final a ver si colaban, ¿verdad? Ciertamente tendría que decirle que también los redujera a uno solo, pero dado el diseño general de su criatura me temo que sería bastante complicado hacerlo sin rediseñar por completo todo el interior del cuerpo... bien, haré una excepción y aceptaré que sean dos. Eso sí tendrá que cubrir el hueco del segundo corazón, supongo que lo más fácil será que aumente el tamaño de uno de ellos hasta rellenarlo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -aceptó el satisfecho neófito tomando nota de las enmiendas-. Y le agradezco mucho su comprensión.

-¡Oh, no tiene por qué hacerlo! -respondió el inspector de buen humor-. Forma parte de mi trabajo. Eso sí -añadió antes de que el aspirante se marchara-; no es que desconfíe de usted, pero le agradecería que, antes de entregar el diseño definitivo en el registro, se pasara por aquí para que le pudiera echar un vistazo. Más que nada por hacer bien las cosas, no sea que los de arriba se vayan a poner puntillosos, ya sabe como las gastan los burócratas.

-¡Estos chicos! -musitó para sí mismo el inspector una vez que estuvo solo-. Menudas ideas se les ocurren. ¡Órganos redundantes! Cualquier día me llegará uno proponiéndome crear criaturas inmortales.

-¡A ver, el siguiente! -exclamó a continuación en *voz* alta.

LA VERDADERA HISTORIA DE CAÍN Y ABEL (I)

-¡Caín, Caín! ¿Dónde está tu hermano Abel?

-No lo sé -respondió Caín de mala gana-. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?

-¿Cómo no lo vas a saber, pedazo de hipócrita, si yace muerto a tus pies y todavía sostienes la quijada con la que le golpeaste en la cabeza?

-Yo... esto... Señor... -titubeó el presunto homicida ocultando la mano detrás del cuerpo-. Bien, es cierto que mantuvimos una discusión. ¡Pero la culpa no fue mía, sino suya!

-Cuéntame lo que pasó -le conminó Dios con mayestática voz.

-Abel era un intransigente, eso es, un intransigente y un intolerante cerrado por completo a la negociación y el diálogo.

-¿Y por eso lo mataste?

-Yo no lo maté... fue un accidente -reconoció Caín en tono humilde. Le hice una propuesta sensata y él rehusó aceptarla.

-Muy grave debió de ser su negativa para que la querella terminara de esta manera -sentenció Dios en tono severo.

-Así fue, Señor. Yo no quería hacerlo, pero él me forzó con su rechazo.

-¿Qué fue lo que le propusiste? Y procura ser sincero en tu respuesta, si no quieres que caiga sobre ti mi ira eterna.

-Lo seré -suspiró Caín al tiempo que soltaba con disimulo la ensangrentada arma-. Como bien sabes, Señor, mientras mis ofrendas te desagradaban, las de mi hermano te complacían grandemente...

-Ten cuidado, mísero mortal con lo que dices -le amonestó el Creador-. No estoy dispuesto a tolerar ningún reproche a mi divina providencia.

-No pretendo hacerlo, Señor. Tan sólo intentaba ponerte en antecedentes...

-Ahórratelo. ¿Olvidas que yo lo sé todo?

“Pues entonces, ¿para qué demonios me lo preguntas?” -pensó el fraticida evitando cuidadosamente decirlo en voz alta.

-El caso es que, como puedes suponer -explicó-, yo también te amaba, y me sentía acomplejado por esta preferencia. Y como no podía ofrecerte los mismos presentes que mi hermano, dado que él era ganadero y yo agricultor, le propuse que realizáramos una transacción comercial comprándole sus reses excedentes a cambio de mis hortalizas. ¿Era justo, o no?

-Pudiera ser -respondió el Creador sin comprometerse demasiado-. ¿Qué respondió tu hermano?

-Que a él nunca le había gustado la hierba, y que donde estuviera una buena carne que se quitara el forraje que yo cultivaba, bueno tan sólo para pasto del ganado y para alimento de los animales del campo. Añadió, además, que él era partidario de la autarquía, ya que las transacciones económicas no conducirían a nada bueno.

-Hum... -Dios calló que en el fondo él pensaba lo mismo, y que donde estuviera el olor de un buen chuletón asado ascendiendo hasta el cielo, que se quitara la peste que soltaban de las parrilladas de verduras-. Pero tu intención no era comer la carne que te hubiera cedido tu hermano, sino ofrecérmela a mí en sacrificio en lugar de esas repugnantes ensaladas chamuscadas; ¿no es así?

-Así habría sido, Señor, si él hubiera accedido. Pero como ya te he dicho, se negó en redondo.

-¿Fue por eso por lo que lo mataste? -en el tono de voz divino podía apreciarse una ligera inflexión.

-¡Oh, no! Intenté seguir negociando. Le dije que, al arar el suelo para preparar la sementera, había extraído de las entrañas de la tierra un extraño metal de color amarillo al cual no le encontraba utilidad, pero que quizá podría servirle para conquistar a una mujer con la que tener descendencia; ya sabes que a mí nunca me han faltado romances pero que él, tan apocado como era, no se jalaba una rosca...

-¡Modera tus palabras, deslenguado! -le conminó Dios con acento irritado-. Ordené a tus padres que crecieran y se multiplicaran, y no toleraré que nadie cuestione este mandato divino.

-Disculpa, señor, no era mi intención irritarte. El caso es que Abel también rechazó cederme siquiera un cordero a cambio de este precioso metal, y lo peor de todo fue que se mofó de mí tildándome de vegano, que vete a saber lo que querrá decir la palabreja de marras.

-Y fue entonces cuando lo mataste -porfió el Sumo Hacedor comenzando a dar muestras de impaciencia. Con todo lo que tenía que hacer, le irritaba profundamente tener que estar perdiendo el tiempo en tan nimio altercado.

-Tampoco. Echándole en cara su falta de espíritu cooperador, le hice responsable de tu malquistamiento conmigo, de lo cual él se mofó respondiéndome que no se sentía culpable de mi ineptitud y que el problema era mío, no suyo. Le amenacé con apoderarme de algunas de sus cabezas de ganado, aunque le garanticé que le compensaría convenientemente con los mejores frutos de mi huerto y con algunos kilos del metal amarillo... pero siguió en sus trece, tildándome además de cobarde. Yo, Señor, estoy convencido de que pretendía que te enemistaras conmigo para poder deshacerse así de un posible rival... ¡Abel era un pelotas y un lameculos!

-Pero eso no justificaba que lo mataras -le recriminó Dios obviando que, al carecer él de cuerpo físico, el segundo de los adjetivos con los que Caín calificó a su hermano no tenía razón de ser-. Tu obligación era esforzarte intentando emular, y aun superar, a tu hermano. Eso me hubiera complacido en grado sumo.

-¿Cómo querías que lo hiciera, si el muy puñetero ejercía un monopolio completo sobre la totalidad del ganado existente en el mundo? -se lamentó Caín-. Intenté hacerle comprender las bondades de la libre competencia, pero resultó imposible. Acabamos discutiendo cada vez más acaloradamente, vi que echaba mano a su cayado, me agaché para evitar el garrotazo, encontré una quijada de asno en el suelo y...

-Lo mataste -zanjó su divino interlocutor.

-¡Fue en defensa propia! ¡Ahí está el cayado con el que intentó golpearme!

-¿Tienes testigos?

-¿Cómo voy a tenerlos? -exclamó Caín fuera de sí-. Aparte de mis padres, tan sólo vivíamos aquí Abel y yo...

-En ese caso, he de considerarte un presunto homicida. Como medida preventiva te destierro de este lugar en el que derramaste la sangre de tu hermano, y así permanecerás hasta que seas juzgado y dicte la sentencia definitiva.

Caín respondió:

-Señor, mi castigo es demasiado grande para poder sobrellevarlo. Hoy me arrojas lejos del suelo fértil; yo tendré que ocultarme de tu presencia y andar por la tierra errante y vagabundo, y el primero que me salga al paso me matará.

-Si es así -le dijo el Señor-, el que mate a Caín deberá pagarlo siete veces.

Y el Señor puso una marca a Caín para que al encontrarse con él nadie se atreviera a matarlo.

Partió Caín a la región de Nod, al este del Edén, con la esperanza de que, una vez realizado el juicio, la sentencia le fuera favorable de manera que pudiera volver a la tierra de sus padres.

“Pobre infeliz” -exclamó para sí Dios al verle alejarse-. Ignora que, si bien fui capaz de crear el mundo en siete días, no existe manera, ni humana ni divina, de acelerar los procesos judiciales. Para cuando quiera celebrarse el juicio, seguro que lleva ya varias generaciones fallecido. En fin, qué se le va a hacer... mientras tanto, tendré que convencer a ese par de gaznápiros para que tengan algún otro hijo más, porque si no se extinguiría su estirpe. Humanos... mira que me salió mal el invento, hubiera sido mejor no cargarme a los dinosaurios.

Y agitando la inexistente cabeza Dios retornó a su morada celeste, donde le aguardaban numerosas tareas pendientes. Porque lo más complicado de todo no había sido, ni mucho menos, crear el mundo en tan sólo una semana, sino tener que ir arreglando después las múltiples chapuzas que habían ido dejando atrás las diferentes contratas.

Qué difícil es ser Dios.

LA VERDADERA HISTORIA DE CAÍN Y ABEL (II)

Conoció Adán a su mujer, que concibió y parió a Caín. Volvió a parir y tuvo a Abel, su hermano.

Fue Abel pastor, y Caín labrador. Y al cabo del tiempo hizo Caín ofrenda a Yahvé de los frutos de la tierra, y se lo hizo también Abel de los primogénitos de sus ganados, de lo mejor de ellos.

Agradóle a Yahvé la ofrenda de Abel, pero no la de Caín. Se enfureció Caín, y con engaños llevó a su hermano al campo y lo mató.

Preguntó Yahvé a Caín:

-¿Dónde está Abel, tu hermano?

Contestóle éste:

-¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?

Pero Yahvé sabía lo ocurrido ya que la voz de la sangre derramada de Abel clamaba a él desde la tierra, por lo que pidió cuentas a Caín por su muerte.

-Sí, lo maté -acabó reconociendo el fraticida-. Pero no fue un asesinato, sino un acto de justicia.

-¿Cómo osas decir eso, mísero mortal? -exclamo furioso Yahvé-. ¿Quién te dio permiso para alzar la mano contra tu hermano, que tan magníficas ofrendas me hacía a diferencia de las tuyas?

-Oh, Señor, déjame que te explique. Como sbien abes yo me hice agricultor, y mi hermano ganadero. Pero con el tiempo, y tuve mucho para meditar, llegué a la conclusión de que su actividad era impía, ya que esclavizaba y creaba sufrimiento a los animales de sus rebaños. ¡Y lo peor de todo era que los sacrificaba y hasta se los comía! Yo, por el contrario, jamás hice daño a animal alguno y sólo cultivaba los vegetales necesarios para mi sustento.

-Pero eso no justifica lo que hiciste -le recriminó Yahvé recordando el dulce sabor de las ofrendas de Abel.

-Señor, como fruto de mis reflexiones llegué a la conclusión de que no bastaba con evitar hacerles daño a los animales, era también mi deber intentar impedir que se lo hicieran los demás.

-¿Cómo los demás, mentecato, si aparte de vuestros padres sólo estábais aquí vosotros dos?

-Igual da uno que mil -respondió impertérrito Caín-. No podía consentir que mi hermano siguiera maltratando, torturando, asesinando y devorando a seres que como él y como yo tienen sentimientos y sufren con el dolor.

-¿No te habrás hecho vegano? -inquirió el Sumo Hacedor con un tono de sospecha en su voz.

-Vegano y animalista, a mucha honra -reconoció orgulloso el acusado.

-Lo cual no te impidió matar a un ser con los mismos sentimientos y sensibilidad al dolor que aquéllos a los que dices defender.

-Lo consideré un mal necesario tras fracasar en mis reiterados intentos de convencerlo para que cesara en sus crímenes. Se mofó de mí, me tildó de loco y aseguró que seguiría explotando y matando animales por mucho que yo me opusiera. Sólo con su muerte era posible acabar con sus asesinatos, razón por la que obré así en defensa de tantos seres indefensos de tu creación que, de haberle dejado hacer, habrían caído víctimas de sus sanguinarios instintos.

-Bueno, bueno -contemporizó Yahvé, que comenzaba a sentirse incómodo-. Tampoco había necesidad de tomarse las cosas tan a la tremenda. Al fin y al cabo los animales se matan y se devoran entre ellos, y se reproducen tanto que si no les pusiéramos coto crecerían en tal número que acabarían haciendo peligrar el equilibrio ecológico. Éste fue -reconoció- uno de los errores de programación que se me colaron sin darme cuenta, tendré que arreglarlo en alguna actualización del *software*.

-¡Pero es que Abel...! -porfió Caín viendo un resquicio al que agarrarse.

-Te entiendo, hijo, te entiendo. Sé que tu intención era buena, pero te excediste en tu celo. En base a ello no te voy a castigar aplicándote el mismo trato que tú diste a tu hermano, pero algo tendré que hacer para justificarme ante los demás; así pues, decreto que en pago a tu delito padecerás destierro perpetuo de este lugar en el que derramaste la sangre de tu hermano y vagarás errante por la tierra, pero te pondré una señal para que nadie que nadie que te encuentre se atreva a matarte.

Partió Caín a la región de Nod, al este del Edén, mientras Yahvé retornaba a su morada profundamente irritado.

-¡Será imbécil! -decía para sí-. ¡Con lo que a mí me gusta el olor de los sacrificios de los animales, y no la peste de sus cebollas chamuscadas! Menos mal que a donde le he mandado no podrá volver a las andadas, porque si llegara a convencer al resto de los humanos, y eso que todavía son pocos, con sus tonterías, apañado iba a ir yo.

YA PROMETÍA

Paseaban Adán y Eva por el campo cuando vieron al pequeño Caín pisoteando un hormiguero.

-¡Caín, no hagas eso, no mates a las pobres hormigas! -le reprendió su madre.

-Déjalo, mujer, tampoco tiene tanta importancia -terció Adán-. Los niños pequeños son crueles a su manera, pero ya se le pasará cuando crezca.

Y ambos continuaron con su paseo mientras Caín se olvidaba del hormiguero fijando su atención en un lustroso escarabajo que tuvo la mala suerte de pasar por allí.

GANARÁS EL PAN...

Yahvé se indignó al descubrir que Adán y Eva habían comido del fruto del árbol prohibido. A Eva le dijo:

-Por haberte dejado engañar por la serpiente, parirás con dolor y obedecerás siempre a tu esposo.

Y a Adán le sentenció:

-Por haberme desobedecido maldeciré la tierra; con esfuerzos la labrarás y habrás de ganarte el pan con el sudor de tu frente.

Dicho lo cual los expulsó del jardín del Edén, apostando a su entrada a un ángel armado con una espada flamígera para impedirles volver.

Adán y Eva, toscamente vestidos con unas pieles, comenzaron a vagar con el exterior del jardín del Edén en busca de un nuevo lugar en el que asentarse. No habían caminado demasiado cuando un demonio les salió al encuentro hablándoles de esta manera:

-Bienvenidos al mundo. Lamento lo que os ha ocurrido, pero puesto que ya no tiene remedio y tú -se dirigió a Adán- te verás obligado a trabajar con tus propias manos, me gustaría recordarte que es muy conveniente que te sindiques para poderte defender de los abusos de los terratenientes.

Y entregándole unos documentos que sacó de su cartera, continuó:

-Aquí tienes un impreso de solicitud de afiliación en nuestro sindicato, que es el que más se ha significado de todos en la defensa de los derechos de los trabajadores. Toma también este folleto, donde vienen detallados los servicios y las prestaciones que les ofrecemos. También figuran en él los datos de contacto, tanto por teléfono como por correo electrónico, aunque si lo prefieres te pueden atender personalmente en nuestras oficinas.

Dicho lo cual se desvaneció, dejando tras de sí un tenue olor a azufre. Ni siquiera había tenido tiempo Adán para reaccionar cuando un segundo demonio, representante según todos los indicios de otro sindicato, se acercaba a ellos con intenciones similares.

-¡Estamos apañados! -se lamentó Adán dirigiéndose a su mujer-. Apenas acabamos de poner los pies aquí, y ya empiezan a marearnos... ¡dichosa la hora en la que comimos la maldita manzana, con lo tranquilos que estábamos antes! ¿Por qué demonios te haría caso?

...CON EL SUDOR DE TU FRENTE

Yahvé se indignó al descubrir que Adán y Eva habían comido del fruto del árbol prohibido. A Eva le dijo:

-Por haberte dejado engañar por la serpiente, parirás con dolor y obedecerás siempre a tu esposo.

Y a Adán le sentenció:

-Por haberme desobedecido maldeciré la tierra; con esfuerzos la labrarás y habrás de ganarte el pan con el sudor de tu frente.

Dicho lo cual los expulsó del jardín del Edén, apostando a su entrada a un ángel armado con una espada flamígera para impedirles volver.

Adán y Eva, toscamente vestidos con unas pieles, comenzaron a vagar con el exterior del jardín del Edén en busca de un nuevo lugar en el que asentarse. Apenas se habían alejado de su antigua morada, cuando toparon con un cartel rotulado con vivos colores que decía:

¡CUIDE SU PIEL, TAN SÓLO TIENE UNA!
¿TRABAJA DE SOL AL SOL?
PREVENGA LOS DAÑOS DE LOS RAYOS ULTRAVIOLETA
CON EL PROTECTOR SOLAR LUCIFER
EFECTIVIDAD 100% COMPROBADA
EL ÚNICO EN EL MERCADO QUE INCLUYE ANTISUDORANTE
LUCIFER, CON LA GARANTÍA DE INDUSTRIAS INFERNALES S.A.
BÚSQUELO EN LOS MEJORES ESTABLECIMIENTOS

-¡Ya empezamos! -rezongó Adán dirigiéndose a su compañera-. Si en algo voy a echar de menos el Edén, es por la dichosa publicidad de aquí afuera.

Y viendo que el sol apretaba de firme y la frente le empezaba a sudar copiosamente, añadió:

-Aunque en este caso concreto, quizá no estaría mal probar ese potingue. ¿Dónde demonios estará la tienda más cercana?

LA VERDADERA HISTORIA DEL PECADO ORIGINAL (I)

La serpiente, el más astuto de los animales que Dios había creado, dijo a Eva:

-¿Cómo es que Dios os ha prohibido comer de los árboles del jardín?

Respondió Eva:

-Podemos comer el fruto de todos ellos salvo del árbol que está en mitad del jardín, del cual nos ha prohibido Dios comerlos porque moriremos si lo hacemos.

Replicó la serpiente:

-No moriréis. Si coméis de él se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.

Y añadió pérfidamente:

-¿No te apetece probar una manzanita? Mira que apetitosas están.

Alargaba Eva la mano hacia los frutos dorados que colgaban tentadores del árbol cuando, interrumpiendo bruscamente su gesto, se volvió hacia la serpiente y objetó:

-Supongo que estas manzanas serán ecológicas... porque si no es así, no pienso tocarlas. No estoy dispuesta a contribuir a la contaminación del Edén.

Al oír sus palabras la serpiente dudó. Finalmente reconoció:

-No puedo responder a tu pregunta, ya que yo no planté este árbol y desconozco por tanto las condiciones en las que fue cultivado. Pero, ¿qué importancia tiene esto? Las manzanas son sanas y nutritivas, y te concederán el conocimiento tan sólo con que des un bocado a cualquiera de ellas. ¿Qué mal puede hacerte?

-A mí no -porfió la mujer con tozudez-, pero al Edén sí. Es nuestra casa, y si no la respetamos, no mereceremos vivir en ella. O me garantizas que son ecológicas, o no pienso probarlas por mucho que insistas en ello.

Ante lo cual la serpiente, profundamente despechada, huyó del Edén refugiándose en su oscuro cubil. Había perdido la primera batalla, se dijo, pero no perdería la guerra. Rápidamente convocó a sus huestes ordenándoles que, cuando Adán y Eva durmieran, arrancaran de raíz el árbol prohibido y plantaran en su lugar otro de su misma especie, al que deberían cuidar con total esmero, utilizando exclusivamente métodos ecológicos, hasta que éste rindiera sus frutos. Y como no era cuestión de que esa idiota persistiera en su negativa escudándose en defectos de forma, les instó a que tramitaran un

certificado ecológico ante los organismos competentes como modo de garantizar su naturaleza.

Las manzanas serían pequeñas y feas y posiblemente estarían agusanadas, pero eso no importaba demasiado. Más le preocupaba el tiempo que habría que esperar hasta que el nuevo árbol del conocimiento del bien y el mal certificado ecológicamente las diera; porque si bien tenía toda una eternidad por delante temía que su rival llegara a enterarse de sus maquinaciones desbaratando su elaborado plan. Pero no quedaba otro remedio.

LA VERDADERA HISTORIA DEL PECADO ORIGINAL (II)

La serpiente, el más astuto de los animales que Dios había creado, dijo a Eva:

-¿Cómo es que Dios os ha prohibido comer de los árboles del jardín?

Respondió Eva:

-Podemos comer el fruto de todos ellos salvo del árbol que está en mitad del jardín, del cual nos ha prohibido Dios comerlo porque moriremos si lo hacemos.

Replicó la serpiente:

-No moriréis. Si coméis de él se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.

Y añadió pérfidamente:

-Además, esta manzana no se come, por lo que la prohibición no tiene efecto sobre ella.

Alzó la cola y con la punta de ella le mostró un ordenador portátil que yacía a su lado, en cuya cubierta aparecía dibujado el logotipo de una manzana mordida.

-¿Qué es esto? -preguntó Eva perpleja.

-Es un... -la serpiente eligió cuidadosamente las palabras- artefacto al que se le pueden hacer preguntas sobre cualquier tema del que quieras saber.

Y maldiciendo en voz baja no disponer de manos, continuó:

-Lamentablemente yo no puedo manejarlo por razones obvias, pero te indicaré como se hace. Es muy sencillo, primero tienes que abrirlo y pulsar con el dedo la tecla de la esquina superior derecha que tiene dibujado un círculo con una raya vertical encima...

* * *

Estaba enfrascado Adán buscándoles nombre a unos insectos que había encontrado, cuando le interrumpió Eva:

-¡Adán, Adán! -exclamó eufórica.

-¿Qué pasa ahora? -rezongó malhumorado-. ¿No ves que estoy trabajando?

-¡Mira lo que traigo! -respondió ella mostrándole el ordenador con la manzana dibujada.

-¡Qué has hecho! -exclamó sobresaltado al verla estrujando involuntariamente a uno de los infortunados bichos, lo que provocó la extinción de su especie puesto que todavía no había tenido tiempo para reproducirse-. No me digas que la has cogido del Árbol Prohibido... -y al ver que la fruta estaba mordida, gimió-: ¡Y además has comido de ella!

-¡No seas idiota! -le reprochó-. ¿No ves que es un simple dibujo? Yo no he comido nada, ya venía así; además, la carcasa del ordenador no se me antoja muy comestible.

-¿Ordenador? ¿Qué es eso? ¿Algo para darnos órdenes? Pero si Él no necesita artilugio alguno para decirnos lo que tenemos que hacer...

-Lo dicho, idiota sin remedio -se impacientó Eva golpeando nerviosamente el suelo con el desnudo talón-. Este aparato no da órdenes, simplemente ordena y clasifica datos... te lo diré más claro -insistió al ver la cara de incredulidad de su compañero-: es una especie de oráculo que responde a cualquier pregunta que le hagamos. Te voy a enseñar...

-¡No me enseñes nada! Él nos prohibió comer los frutos del Árbol del Conocimiento, y eso es precisamente lo que dices que hace este aparato, proporcionarnos conocimientos! ¡Hemos pecado!

-¡Pero si ni proviene de un árbol, ni es un fruto, ni se come...! -porfió ella visiblemente enfadada-. No estamos violando ninguna prohibición expresa. Y además es muy divertido y muy fácil de manejar; basta con invocar a un tal Google, supongo que será el nombre del genio que lo habita, y hacerle la pregunta que quieras. No sabes la cantidad de cosas de las que me he enterado. Por ejemplo, que...

-¡Calla, mujer! -le interrumpió aterrado-. ¡Déjate de sutilezas legales, aquí no estamos en un juzgado! ¿Acaso crees que Él se va a tragar estas excusas? Lo importante es el fondo, no la forma. A nosotros se nos prohibió acceder al conocimiento, y con ese artilugio diabólico tú lo has hecho, incumpliendo la prohibición. ¡Estamos perdidos!

-¡Bah! No creo que sea para tanto. Además, sólo he mirado noticias de cotilleo.

Pero sí lo fue, tal como Adán temiera. El resto de la historia, por conocido, no necesita ser relatado.

LA VERDADERA HISTORIA DEL PECADO ORIGINAL (III)

Se encontraba Adán buscándoles nombre a unos insectos que había encontrado, cuando vio venir corriendo a Eva. Temeroso de que le interrumpiera en mitad de su importante trabajo frunció el ceño, pero al comprobar su gesto de cabreo, con la mano derecha esgrimiendo un objeto que no podía distinguir bien como a modo de arma arrojadiza, trocó su desagrado en preocupación.

No tardó mucho en identificar la naturaleza del objeto. Era una manzana, una dorada y jugosa manzana.

-¡Qué has hecho! -exclamó aterrado estrujando involuntariamente a uno de los infortunados bichos, lo que provocó la extinción de su especie puesto que todavía no había tenido tiempo para reproducirse-. ¿No la habrás cogido del Árbol Prohibido? -y al ver que la fruta estaba mordida, gimió-: ¡Y además has comido de ella!

-¡Pues sí, he comido de ella! -respondió su costilla haciendo ademán de tirársela a la cabeza-. Y estaba exquisita. De paso, me enterado de cosas muy interesantes. Por ejemplo, de tu affaire con ese pendón verbenero de la tal Lilith.

Al oír el nombre de su primera esposa, Adán palideció.

-Eso ocurrió antes de que tú nacieras -inconscientemente se palpó la costilla-. Lilith fue creada en Gn 1, 27 a la par que yo, mientras tú no lo fuiste hasta un capítulo más tarde, en Gn 2, 22. El Señor me la dio como mujer, y yo la recibí. Pero como no me quiso obedecer, y por lo que veo éste es un mal que me aflige de nuevo, me abandonó huyendo del Edén. No he vuelto a saber nada de ella, ni deseo saberlo.

-Pues yo sí lo sé -respondió desafiante Eva-, no veas lo que me ha instruido un simple mordisco. Como también sé todo lo que hacíais y que ahora te muestras tan remiso a hacerlo conmigo. ¿Acaso te gusto menos que ella?

Adán optó por permanecer prudentemente callado, lo cual fue tomado por su compañera como un reconocimiento de su presunta falta.

-Sé por qué se marchó, pedazo de calzonazos[1]. Y sé también a qué se dedica ahora allá por la costa del Mar Rojo, por cierto con bastante éxito.

[1] Obviamente en la época en la que se narra la historia todavía no se habían inventado los calzones, ni siquiera los de hoja de parra, por lo que el término ha de tomarse como una mera licencia literaria.

-Yo... -balbuceó Adán-. Yo no quería que se fuese, fue ella la que se marchó negándose en redondo a volver cuando los ángeles fueron a buscarla. Entonces el Señor...

-No sigas, mameluco[2] -le interrumpió Eva-. Te repito que gracias a esto -exhibió triunfante la manzana- me he enterado de un montón de cosas. Por ejemplo, que se largó porque estaba harta de aguantarte; algo que no me extraña, porque también empiezo a estarlo yo, siempre enfrascado con tus bichos y tus hierbajos sin hacerme ni maldito caso, como si no existiera. ¿Eres consciente acaso de que tenemos la responsabilidad de perpetuar la especie?

-Mujer, ten en cuenta que aquí todo es nuevo, y es preciso que catalogue a la fauna y la flora lo antes posible; has de tener un poco de paciencia, cuando consiga terminar con esto podremos dedicarnos a la perpetuación y a otras cosas más.

-¡Y luego te sorprendes porque esa individua te abandonara! Seguro que con ella también estabas dale que te pego a buscarles nombres raros a los bichos.

-En cualquier caso -contraatacó Adán en tono severo-, no sé si eres consciente de lo que has hecho. El Señor lo dijo bien claro: "*De todos los árboles del Edén podeis comer salvo del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, porque el día que de él comierais, ciertamente moriréis*".

-Pues ya lo ves, yo he comido y estoy tan fresca -y retando de nuevo la prohibición, dio un nuevo mordisco a la manzana disfrutando con el gesto de terror que se reflejó en el rostro de su compañero.

Pero ocurrió tal como Adán temiera, aunque el castigo que recibieron por la desobediencia de Eva, por conocido, no precisa ser relatado. Lo que no quedó reflejado en el Génesis, descubierto recientemente en un manuscrito del Mar Muerto, fue la primera conversación que mantuvieron ambos una vez expulsados del Edén, que reproducimos aquí por su interés histórico:

-Y ahora, ¿a dónde vamos? -se lamentó con desaliento Adán.

-A donde quieras, excepto al lugar en el que vive esa mala pécora -respondió Eva-. Y te advierto una cosa, como se te ocurra acercarte a ella, o dejar que ella se acerque a ti, ten por seguro que te capo como a un cochino aunque eso me cueste dejar de ser la madre de la humanidad. Avisado quedas.

[2] Id. nota 1.

REFORMA LABORAL

Y dijo Dios a Adán:

-De cualquier árbol del jardín puedes comer, y también moverte libremente por él. Lo único que te prohíbo es que entregues el fuego a los hombres, puesto que no es bueno que gocen de él.

-Señor -le respondió éste-, hay algo que no entiendo. Mi guión no dice nada del fuego, sino de un árbol de la ciencia del bien y del mal cuyos frutos no puedo comer, porque si los comiera moriría sin remedio...

-Tienes razón -refunfuñó el Narrador Omnisciente-. Ése era el guión original. Pero ya sabes que han hecho recortes y, por ahorrar, han pedido a los guionistas que refundieran varios relatos en uno solo, común para todos.

-Pero...

-A mí no me digas nada, yo soy un mandado. La orden vino de arriba, y gracias a que me han dejado como único narrador; a saber lo que pasará cuando me vaya de vacaciones o coja una baja. Y encima has tenido suerte, al pobre Prometeo, que era el titular de la leyenda del fuego, le han mandado al paro sin contemplaciones y sin derecho a cobrar pensión después de tantos siglos trabajando. Y da gracias a que Noé consiguió finalmente que le conservaran el puesto, porque con la excusa de que haces mutis por el foro muy pronto y luego no vuelves a trabajar, pretendían que te encargaras también de sustituirle en el Arca.

-Qué se le va a hacer -se resignó el primer hombre-, en los tiempos que corren cada día es más difícil mantener el trabajo. Pero por lo menos me dejarán a Eva, ¿no?

-Bueno, la figura femenina es necesaria, aunque también ella tendrá que desempeñar varios papeles. Pero me temo que no será Eva, que se negó a rebajar su caché y se marchó a trabajar a Las Vegas, sino la Esfinge o Medusa, todavía no está decidido cual de las dos la sustituirá como madre de la humanidad.

-Pues sí que estamos apañados... en fin, habrá que aceptarlo. Eso sí, ¿dónde está ese dichoso fuego que no puedo entregar a nadie?

El Narrador se lo dijo tras lo cual cada uno de ellos se dedicó a sus respectivos quehaceres.

“¿Por qué siempre me tendrán que caer estos marrones? -rezongó el Narrador, una vez estuvo solo-. Mientras tanto, ellos tranquilitos en sus despachos sin tener que dar la

cara. Por suerte Adán no se lo ha tomado demasiado a mal, pero verás cuando se entere de lo del águila devorándole el hígado...”

LA MANZANA DEL PARAÍSO

Estaba enfrascado Adán buscándoles nombre a unos insectos que había encontrado, cuando le interrumpió Eva:

-¡Adán, Adán!

-¿Qué pasa ahora? -rezongó éste malhumorado-. ¿No ves que estoy trabajando?

-¡Mira lo que traigo! -respondió ella mostrándole una dorada manzana.

-¡Qué has hecho! -exclamó aterrado estrujando involuntariamente a los infortunados bichos-. No me digas que la has cogido del Árbol Prohibido... -y al ver que la fruta estaba mordida, gimió-: ¡Y además te la has comido!

-Sólo un trocito... -se defendió- y como puedes comprobar -añadió, contoneando voluptuosamente su bien torneado cuerpo-, no me he muerto ni nada por el estilo.

-Da igual -suspiró el Primer Hombre-. Nuestra desobediencia será castigada. El pecado ha sido grave, y la penitencia será severa.

-¡Bah, no creo que sea para tanto! Total, ¿en qué se diferencia ese árbol de los demás? Pero toma, pruébala, está riquísima.

Adán, resignado, cogió la manzana que Eva le ofrecía. Pero no llegó a morderla sino que, mirándola fijamente, le preguntó:

-¿La has arrancado del árbol?

-¡Oh, no!, estaban demasiado altas y no alcanzaba por mucho que me estirara. Ésta cayó de una rama justo cuando pasaba por allí, y la cogí del suelo. Casi me da en la cabeza -explicó.

La viste caer... -musitó su esposo con ademán distraído-. Cayó a tu lado y... ¡Eureka![3]

-¡Pero qué te pasa! -se sorprendió Eva-. ¡Estás como una cabra! Hace un momento te preocupabas por el posible castigo, y ahora...

[3] Nota del editor: En aras de la verosimilitud histórica es preciso reconocer que no existe constancia escrita de que Adán exclamara esta interjección, tradicionalmente atribuida a Arquímedes; no obstante, al no conocerse la frase exacta que sin duda utilizó, nos hemos permitido esta pequeña licencia literaria.

-¿Es que no lo comprendes, mujer? Gracias a esta manzana acabo de descubrir una de las leyes fundamentales que rigen el universo, y que el de allá arriba estaba empeñado en ocultarnos. ¡Pasaré a la historia por esto!

-Vaya, qué importante -se burló ella, que ya comenzaba a sentir el temor de que la serpiente le hubiera engañado-. ¿Y cómo la vas a llamar, la Ley de la Manzana Prohibida?

-No, eso no -absorto en sus pensamientos, fue incapaz de captar el sarcasmo-; sonaría demasiado vulgar. Es mejor un nombre más formal como...

Continuó elucubrando hasta que, consciente de la magnitud de la falta cometida por Eva, que por omisión le involucraba también a él, exclamó al fin:

-¡Ya lo tengo! La llamaré Ley de la Gravedad, puesto que grave ha sido nuestro pecado.

Y apreciando como las nubes y los relámpagos se arremolinaban sobre el Edén, continuó:

-Pero me temo que antes tendremos que ir a rendir cuentas a Yahveh, y por lo que veo tiene pinta de estar bastante cabreado.

Tirando la manzana, se olvidó de sus especulaciones físicas apresurándose a acudir a la llamada. Eva le siguió atribulada.

QUIEN HIZO LA LEY...

EL SUDOR DE TU FRENTE
COCTELERÍA - DISCO BAR
GRAN VARIEDAD DE SIDRAS
LICORES Y AGUARDIENTES DE MANZANA
DISFRUTA CON LOS CÓCTELES EXCLUSIVOS
ESPECIALIDAD DE ADÁN

POR LA NOCHE
GRAN ESPECTÁCULO
EVA Y SUS SERPIENTES
CON LA APOTEOSIS FINAL
DE LA DANZA DE LAS SIETE HOJAS DE HIGUERA
EL MEJOR ESPECTÁCULO DE TODA MESOPOTAMIA

AVENIDA DEL EDÉN S/N
FRENTE A LA ENTRADA DEL PARAÍSO
VISÍTANOS
Y NO TE PIERDAS
EL RELEVO DE LA GUARDIA DE QUERUBINES
CON SUS ESPADAS FLAMÍGERAS

EL SUDOR DE TU FRENTE
UN AUTÉNTICO PARAÍSO
SIN PROHIBICIONES

INCIDENTE FRONTERIZO

Y Dios expulsó a Adán y Eva del Paraíso por haberle desobedecido.

Traspusieron éstos el umbral, custodiado por un ángel de torvo semblante que esgrimía una espada ígnea. Mas apenas habían avanzado unos metros cuando un diablo de aspecto taimado les hizo detenerse preguntándoles desabrido:

-¿Quiénes sois vosotros y a dónde vais?

-Somos unos desdichados a los que Dios, quien nos creó a imagen y semejanza suya, expulsó del Paraíso -respondió Adán.

-Inmigrantes... -rezongó el demonio-. ¿Seríais tan amables de mostrarme vuestra documentación?

-Pero... -respondió perplejo Adán-. Nosotros no tenemos nada de eso, tan sólo poseemos estas hojas de parra con las que cubrimos a duras penas nuestras desnudeces.

-Sin papeles, ¿eh? Pues aquí no podéis entrar. Según la legislación vigente en el No-Edén, no está permitida la entrada de inmigrantes ilegales ni de aquéllos que, aun no siéndolo, carezcan de un permiso de estancia en vigor. Por lo tanto, tendréis que volveros por donde habéis venido.

-¡No podemos volver! -gimió Eva-. Nos han expulsado, y fue a causa de la perfidia de un agente vuestro.

-Eso no es asunto mío -se desentendió impertérrito el ángel caído-. Yo me limito a controlar la frontera, no tengo nada que ver con el Departamento de Inmigración ni con el Servicio de Inteligencia. Marchaos de aquí antes de que me vea forzado a expulsaros.

-¡El umbral del Edén está custodiado por un ángel armado con una espada de fuego! ¡No nos dejará pasar!

-Pues yo tampoco.

Su cancerbero era un diablo esmirriado, que debía su puesto de guardia de fronteras a la condición de mutilado de guerra en la contienda en la que las Fuerzas de la Luz derrotaron a las de las Tinieblas, de envergadura sensiblemente inferior, incluso considerando los cuernos, al fornido cuerpo de Adán. Y, aunque el primer hombre no tenía intención de recurrir a la violencia, éste hizo chasquear los dedos provocando la materialización instantánea de dos bigardos infernales armados con sendos tridentes láser, los cuales se apresuraron a encender en inequívoco gesto de advertencia.

-Está bien, si ya nos íbamos... -apaciguó el desterrado-. Lo que no sé es a donde -remachó con amargura.

El aduanero, parcialmente ablandado al ver logrado su objetivo principal -hasta los demonios pueden tener su carbonizado corazoncito-, les sugirió:

-Entre el muro fronterizo del Paraíso y nuestra jurisdicción existe una tierra de nadie de alrededor de unos cien metros de ancho, y en ella encontraréis alguna fuente y árboles frutales; no son como las manzanas de dentro, pero se pueden comer. Allí podréis sustentaros hasta que entréis en contacto con la ONG dedicada a atender los casos como el vuestro. No puedo deciros más, ellos se encargarán de todo lo necesario para resolver, o al menos paliar, vuestro problema. Adiós y que tengáis suerte. Eso sí, no rebaséis la línea roja que está marcada en el suelo, porque estos muchachos -señaló a sus hoscos guardaespaldas- no acostumbran a tener tanta paciencia como yo.

Sin decir una palabra de despedida, los apesadumbrados padres de la humanidad comenzaron a rodear el muro ante la ceñuda mirada del ángel guardián, a quien increpó el diablo en tono burlón una vez que éstos hubieron desaparecido tras un recodo de la ciclópea construcción:

-¡Angelito, anda que no te da trabajo tu jefe! Porque mira que tiene la manía de crear parejas a su imagen y semejanza para desembarazarse de ellas inmediatamente después con la excusa de que le han desobedecido; como siga así, terminará superpoblando la tierra de nadie y se nos amontonará el trabajo a vosotros y a nosotros.

El interpelado le hizo un gesto grosero, apagó la espada láser y se retiró al cuerpo de guardia sin responder a su pulla. Desde que se instalaron los sistemas de control automáticos su presencia allí ya no era necesaria, pero el Jefe era amante de las tradiciones y argumentaba que el carácter simbólico del guardián seguía siendo importante al menos a ojos de los expulsados.

Por su parte el diablo aduanero despidió a sus subordinados, que se esfumaron de manera tan silenciosa como habían llegado, e inmediatamente después retornó a sus quehaceres, una partida del videojuego Dante que había tenido que dejar interrumpida en el séptimo círculo cuando sonó la inoportuna alarma.

-Yo no entiendo -se decía- a qué viene tanto empeño en impedir la inmigración del Paraíso al resto de la Tierra, como si ésta no fuera suficientemente grande estando además vacía. Sí, es normal que Su Infernalidad le guarde rencor al otro por lo que le hizo, pero bloqueando la salida del Edén a quien fastidia no es a él sino a nosotros, a los pringados de los ángeles guardianes y sobre todo a esos pobres desgraciados que no saben donde meterse. Estoy harto de este trabajo, pero todavía tengo que dar gracias por no andar pasando calor allá abajo. Además -concluyó-, ¿cómo puede pensar alguien en

su sano juicio que una simple pareja de humanos pudiera ser capaz de superpoblar el planeta?

II. NOÉ Y EL ARCA

LA VERDADERA HISTORIA DEL ARCA DE NOÉ (I)

-¡Padre, padre! -el joven llegó jadeante hasta el venerable anciano que, con brazo firme, sostenía la caña del timón de la poco marinera embarcación.

-¡Sem, te he dicho mil veces que no des esos gritos! Los animales se asustan, y si se alborotan mucho pueden zarandear el Arca más de lo conveniente. ¿Quieres que volquemos? Bastante trabajo me cuesta ya mantener este cascarón a flote.

-Discúlpame, pero... es que ha ocurrido una desgracia.

-¿Cuál? -suspiró Noé, convencido de que ninguna nueva tribulación podría poner todavía más a más prueba su baqueteada paciencia.

-Los tigres... -explicó el muchacho con gesto contrito- en un descuido de Cam se han escapado de su jaula, se han metido en la de los unicornios y han devorado a la hembra.

-¡Vaya por Dios! -gruñó Noé, maldiciendo una vez más el engorroso encargo que le había caído encima- Primero fueron los dragones y los basiliscos matándose entre ellos. Luego tuvimos que echar por la borda a los centauros cuando se empeñaron en ser tratados como personas y no como animales. A los grifos los perros les contagiaron el moquillo y hubo que sacrificarlos. Los pegasos se le escaparon volando al inútil de tu hermano, y los imbéciles de los yetis se tiraron al agua vete a saber por qué, olvidándose de que no sabían nadar... eso sin contar con todos los animales que no nos cupieron por culpa del error de escala de los planos. ¿Qué será lo próximo? Y encima lo tengo que hacer todo yo solo, porque con ninguno de vosotros puedo contar para nada. ¡Maldita sea!

-Padre...

-¡Ni padre ni gaitas! Ya de por sí era pequeño el embolado que me endosó el de allá arriba, para encima tener que bregar con todos estos problemas. Como sigan así las cosas, cuando quiera dejar de llover de una maldita vez no vamos a tener animales suficientes ni para montar un circo de tercera; y no me gustaría pasar a la historia como el responsable de la extinción de gran parte de las especies vivas.

-¿Y qué hacemos con el unicornio macho? -preguntó Sem con humildad, intentando cambiar de tema- Está herido, pero dice Cam que se le podría curar...

-¿Para qué? -le espetó su padre profundamente irritado- De poco nos sirve si no va a poder reproducirse, al quedarse sin pareja se ha convertido en un estorbo.

-¿Entonces?

-Habrá que sacrificarlo, no nos queda otro remedio; por lo menos, así nos ahorraremos su forraje y podremos emplearlo para alimentar a otros animales. ¿Sabías que las ratas han roído parte de las provisiones y que andamos muy escasos de ellas? ¡Quién me mandaría a mí meter a esos malditos bichos en el Arca!

Y viendo como su hijo dudaba, ordenó tajante:

-¡Venga, pasmarote, a qué esperas! ¿No pretenderás que lo haga yo todo, como si no tuviera bastante con estar pendiente de este maldito timón! Hazlo tú o encárgaselo a alguno de tus hermanos, pero quiero a ese animal muerto lo antes posible. ¡Y no se os ocurra tirar los despojos, usadlos para alimentar a los carnívoros!

Ya se marchaba el atribulado muchacho cuando le gritó:

-¡Ah, y dile a Jafet que quiero limpias las cuadras de los elefantes ya mismo! Hasta aquí me está llegando el hedor. ¡Señor, Señor! -exclamó Noé levantando la mirada al cielo entre colérico y desvalido- ¿por qué tendrías que fijarte precisamente en mí?

LA VERDADERA HISTORIA DEL ARCA DE NOÉ (II)

Y vio Yahvé que la maldad de los hombres era mucha, y se arrepintió de haberlos creado, por lo que decidió erradicarlos de la faz de la tierra.

Ordenó a Noé, un hombre justo, la construcción de un Arca de madera en la que debería encerrar dos miembros de cada especie animal, macho y hembra, para salvarlos del diluvio universal con el había previsto exterminar a todo ser viviente en la tierra. Le ordenó también que se refugiaran en ella él y su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos para engendrar con ellos un pueblo justo libre de las maldades de sus antecesores.

Obedeció Noé construyendo el Arca, en la que recogió a los animales, macho y hembra, de cada especie, guardando en ella todo el alimento necesario para ellos y para las bestias durante el tiempo que la tierra estaría cubierta por las aguas.

Terminó Noé los preparativos y se refugió en el Arca junto con su familia, aguardando a que Dios desatara el diluvio. Pero pasó un día, luego pasó otro, luego otros, y las lluvias no aparecieron. No desesperó Noé, pero pasaban los días, las nubes no cubrían el cielo y los animales comenzaban a impacientarse en sus establos.

Pasaron los meses y seguía sin llover. Agotadas finalmente las provisiones pese a su reiterado acopio, los animales carnívoros, hambrientos, rompieron las puertas de sus encierros y asaltaron los establos de los herbívoros, a los que devoraron. Impotente, Noé ordenó a sus hijos que liberaran a los supervivientes, los cuales huyeron del Arca dispersándose en todas las direcciones.

Quedaron Noé y su familia en el Arca, pero siguió pasando el tiempo y continuaba sin llover. Un día sus hijos le dijeron que no estaban dispuestos a aguardar más y, llevando con ellos a sus mujeres, abandonaron el Arca dirigiéndose cada uno de ellos a una ciudad cercana.

Quedaron Noé y su mujer en el Arca, pero seguía sin llover y tiempo después su mujer, harta de esperar, le abandonó yéndose a vivir con su hijo Sem.

Quedó Noé solo en el Arca y seguía sin llover. Finalmente, acabada su paciencia, imploró a Yahvé preguntándole por qué no había provocado el diluvio.

Éste le respondió:

-Noé, mi bien amado, sé sobradamente que no he podido cumplir con mi promesa, y bien que lo lamento. Pero cuando prometí desatar un diluvio universal sobre la faz de la tierra desconocía la existencia del calentamiento global, lo que me ha impedido traer

las lluvias torrenciales con las que deseaba exterminar la maldad humana. Siento mucho haberte hecho trabajar primero y esperar en vano durante tanto tiempo después, pero por el momento esto no va a poder ser posible hasta que tenga lugar un cambio climático en sentido inverso, y eso llevará probablemente bastante tiempo.

»Cierra bien el Arca y consérvala para que llegado el día en el que pueda ejercer mi castigo tú o tus descendientes podáis cumplir con mi mandato. Mientras tanto, marcha a una ciudad y reemprende en ella tu vida hasta que te llame de nuevo.

Obedeció Noé, asentándose en la cercana ciudad de Num. Aprovechando ciertos ensayos, que había realizado con el zumo de la vid para entretenerse durante su larga espera, montó allí la primera taberna de la historia y se enriqueció sirviendo vino a los parroquianos, lo cual le hizo olvidar la amargura del tiempo perdido. Se olvidó también de la abandonada Arca, cuya madera se fue pudriendo poco a poco hasta convertirse en polvo.

Lamentablemente, las crónicas no refieren si llegó a haber finalmente un diluvio universal y quién fue el encargado de construir una nueva Arca.

LA VERDADERA HISTORIA DEL ARCA DE NOÉ (III)

-¡Padre, padre! -exclamaba el joven, sensiblemente nervioso, dirigiéndose a su progenitor.

-¿Qué quieres, Sem? ¿No ves que estoy trabajando? -respondió Noé con tono irritado al verse interrumpido en plena revisión de la farragosa contabilidad de los animales estabulados en el Arca, la cual no conseguía cuadrar por más que lo intentara.

-Es que... -titubeó el interpelado-. Es que la pareja de cebras se ha escapado. Jafet dejó mal cerrado el portón de su cuadra, y cuando nos quisimos dar cuenta...

-¡Vaya por Yahvé! -exclamó el venerable patriarca mesándose la bíblica barba-. A veces tengo la impresión de que en lugar de ayudarme para lo único que servís es para complicarme la vida. Y claro está, cuando os quisisteis dar cuenta -remedó la frase de su hijo- las puñeteras cebras debían haber cruzado ya el Éufrates. ¿Me equivoco al suponer que ya no hay quien les eche un galgo?

-No, los galgos están bien, en la perrera... -respondió el obtuso Sem sin percatarse de la ironía de su padre-. Han sido sólo las cebras.

“Este hijo mío es idiota -se dijo el desesperado Noé-. Y por si fuera poco -añadió atisbando a través de la ventana del Arca el torvo aspecto de las nubes que oscurecían el cielo- apenas queda tiempo para que empiecen a caer los chuzos de punta”.

-Está bien -suspiró resignándose a lo inevitable-. Tendremos que recurrir al plan B. ¿No habréis soltado todavía a los caballos que sobraban?

-Yo... -el atribulado mocetón no sabía donde meterse-. Cam los sacó ayer del Arca. Como abultaban tanto y comían todavía más... tan sólo nos quedamos con el caballo y la yegua que nos parecieron mejores.

-¿Y los burros? ¿No habréis echado también a los burros excedentes de cupo?

-No, todavía no. Íbamos a hacerlo cuando descubrimos el portón abierto y la cuadra vacía...

Bien, no todo estaba perdido. Así pues, le ordenó:

-Id Cam y tú a la cuadra de los burros y seleccionad otra pareja además de la que vayamos a conservar en el Arca, preferiblemente los más grandes. A éstos los lleváis a la cuadra de las cebras, os aseguráis de cerrarla bien no vuelva a repetirse lo mismo, cogéis dos botes de pintura blanca y negra, una brocha cada uno y les pintáis rayas

como si fueran cebras. Es una chapuza, pero no se me ocurre nada mejor. ¿Lo has entendido? No quiero que volváis a meter la pata. Y sobre todo aseguraos de elegir un macho y una hembra, no vayamos a liarla y no puedan crecer y multiplicarse.

Afirmando con una serie de rotundos cabezazos, Sem se dio la vuelta deseoso de largarse de la estancia que su padre utilizaba como despacho, saliendo disparado por la puerta.

-¡Y decidle al cenutrio de Jafet que quiero verlo inmediatamente! -le gritó Noé viendo que su retoño se escabullía a toda velocidad.

No hizo falta que Sem le transmitiera la perentoria orden a su hermano, puesto que éste se presentó de motu propio poco después llevando bajo el brazo a un feo bicho con aspecto de rata pero de un tamaño sensiblemente mayor.

-¿Y ahora, qué tripa se te ha roto a ti?

-Padre, los ornitorrincos...

-¿También se han escapado? Por cierto, tú y yo tenemos que hablar de las cebras.

-No, no se han escapado -musitó Jafet haciendo caso omiso a la amenaza-. Pero es que la ornitorrinca -señaló al animal- ha puesto un huevo.

-¿Y qué? También los ponen las gallinas y nadie se escandaliza por ello.

-¡Pero es que estos bichos tienen pelo y cuatro patas! ¡Son mamíferos! Y los mamíferos no ponen huevos.

-Tampoco acostumbran a tener un pico como los patos -rezongó su padre reprimiendo una mueca de desagrado-. Pero no veo qué importancia pueda tener esto salvo que se trata de un bicho bastante raro. ¿Me vas a salir ahora zoólogo?

-No, padre, no es eso, es que no sé si dejarlos donde estaban, con los demás mamíferos, o llevarlos al corral de las aves aunque no tengan alas.

-Haz lo que te dé la gana, mientras estén bien encerrados y no anden sueltos por ahí, lo demás me importa un pimiento. Así que llévatela, júntala con el macho y con su huevo y déjalos tranquilos. Está a punto de empezar a llover y todavía nos queda mucho por hacer.

Mascullando un breve saludo Jafet emuló a su hermano en la rapidez con que desaparecer de allí, por lo que Noé gritó al vacío:

-¡Y luego hablaremos del asunto de las cebras!

-¡Señor, Señor! -gimió el atribulado patriarca una vez que volvió a quedarse solo-. ¿Por qué me has cargado con esta pesada losa? ¿No podías haberle encomendado esta locura de zoo a otro? Yo me hubiera conformado con una barquita en la que refugiarnos mi familia y yo con suficiente comida para aguantar hasta que terminara el Diluvio y ni un solo animal vivo...

Obviamente, no recibió respuesta alguna.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA PALOMA DE LA PAZ (I)

Pasados cuarenta días, abrió Noé la ventana que había hecho en el arca, y para ver cuánto habían menguado las aguas soltó un cuervo que volando iba y venía mientras se secaban las aguas sobre la tierra.

Siete días después, para ver si se habían secado ya las aguas sobre la faz de la tierra, soltó una paloma que, como no hallase donde posarse, se volvió al arca, porque las aguas cubrían todavía la haz de la tierra. Sacó él la mano y, agarrándola, la metió en el arca.

Esperó otros siete días, y entonces llamó a su hijo Sem y le encargó que volviera a traerle la paloma. Éste bajó la vista al suelo y musitó con un hilo de voz:

-Padre, es que... se escapó. Como en el corral olía tan mal después de estar tanto tiempo cerrado, Cam y yo pensamos que vendría bien ventilarlo, sin darnos cuenta de que las jaulas estaban abiertas.

-Está bien, tráeme otra ave -rezongó Noé fulminándolo con la mirada.

Volvió Sem con un pájaro de feo aspecto bajo el brazo, provocando la ira de su padre.

-¿Eres idiota? ¿No ves que el dodo no vuela? ¡Quiero algo que vuele!

Sem se retiró sin pronunciar palabra alguna y retornó poco después, arrastrando con dificultad a un irritado buitre nada deseoso de colaborar con su captor.

-¡Sem! -gritó furibundo el patriarca-. ¡Te dije algo parecido a una paloma!

-Padre, es que... no sólo se nos escaparon las palomas. Este bicho era el único que quedaba, no se marchó porque no cabía por la ventana... bueno, también estaba el avestruz, pero pensé que no nos serviría.

-Está bien -suspiró Noé al borde de la desesperación-. Nos apañaremos con éste. Sube a la cubierta y suéltalo.

Y el buitre marchó del arca y volvió a la hora de la tarde; y he aquí que traía una tibia en el pico. Supo por esto Noé que las aguas no cubrían ya la tierra. Pero todavía esperó otros siete días y volvió a soltar al buitre, que no volvió más, por lo que supo que la tierra estaba ya seca.

Entonces habló Dios a Noé, diciendo:

-Salid del arca tú, tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos. Saca contigo a todos los animales que están contigo de toda especie, aves, ganados y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra; llenad la tierra, procread y multiplicaos sobre ella.

Hizo una pausa y continuó:

-Pero será mejor que cambiemos un poco la historia. En lugar de un buitre será una paloma, y en vez de un hueso un ramo de olivo; que os conozco como si os hubiera creado y no quiero que en el futuro haya chistes a mi costa.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA PALOMA DE LA PAZ (II)

Pasados cuarenta días, abrió Noé la ventana que había hecho en el arca, y para ver cuánto habían menguado las aguas soltó un cuervo que volando iba y venía mientras se secaban las aguas sobre la tierra.

Siete días después, para ver si se habían secado ya las aguas sobre la faz de la tierra, soltó una paloma que, como no hallase donde posarse, se volvió al arca, porque las aguas cubrían todavía la haz de la tierra. Sacó él la mano y, agarrándola, la metió en el arca.

Esperó otros siete días, y al cabo de ellos soltó otra vez la paloma, que no volvió más a él. Esperó Noé sesenta días más sin que la paloma volviera, por lo que dedujo que la tierra estaba ya seca. Abrió Noé el arca y salieron él y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos. Y salieron también todos los animales, ganados, aves y reptiles que se arrastran sobre la tierra, según sus especies.

Pero muchos de ellos se ahogaron, puesto que la tierra no se había secado aún. Son aquellos cuyos hijos no han llegado hasta nosotros y sus huesos, convertidos en piedra, en ocasiones aparecen enterrados.

* * *

Sesenta días antes, lejos de donde se encontraba varada el Arca de Noé, un ave cayó abatida al todavía húmedo suelo.

-¡Padre, la he alcanzado con la honda! -exclamó jubiloso un muchacho encaramado en lo más alto de la cubierta de otra Arca-. ¡Voy a buscarla!

-A poco tocaremos con una miserable paloma -rezongó el aludido haciendo un gesto desdeñoso con los hombros-. Como no encontremos algo mejor, acabaremos muriéndonos de hambre si antes no nos hemos devorado unos a otros.

Y apoyándose en el cayado comenzó a descender trabajosamente hasta el portón de entrada del Arca, mientras su hijo corría ya, chapoteando en el barro, a cobrar su presa.

-Mira que le dije que era muy precipitado y no nos daría tiempo a recoger a esa cantidad de animales, que ni siquiera podríamos almacenar suficiente comida para todos ellos y aun para nosotros... pero ni caso, una cosa es mandar y otra remangarse y hacer lo que te mandan sin rechistar. Y así nos fue. Ni animales, ya que los pocos que pudimos embarcar nos los tuvimos que ir comiendo, ni provisiones para sobrevivir en este páramo enfangado. ¡Por qué le haría caso!

Lo que desconocía este anónimo patriarca, cuyo nombre no nos ha transmitido la historia, es que él y su familia fueron el plan B, improvisado a última hora por si Noé, del que nunca llegó a saber su existencia, fallaba en su intento de salvar a la humanidad y a la fauna de la extinción. Y aunque también desconocemos cual pudo ser su destino cabe temer, dada la falta de noticias, que lamentablemente acabara fracasando.

MAL MENOR

-¡Padre, padre! -el joven cruzó la cubierta del Arca reclamando la atención del venerable anciano que, acodado en la borda, mantenía la vista fija en el horizonte.

-¡Sem, te he dicho mil veces que no des esos gritos! Los animales se asustan, y si se alborotan mucho pueden crearnos problemas. ¿Quieres que se escapen de sus jaulas y cometan alguna tropelía?

-Discúlpame, pero... es que tenemos problemas.

-¿Qué ocurre ahora? -suspiró Noé, convencido de que ninguna nueva tribulación podría poner todavía más a más prueba su baqueteada paciencia.

-Cam me ha dicho que se están acabando las reservas de alimentos para los animales. Como el viaje está durando más de lo previsto... según dijiste iban a ser sólo cuarenta días y cuarenta noches, más otros ciento cincuenta hasta que descendieran las aguas; pero llevamos ya bastante más, embarrancados en la cima de este monte, y seguimos sin ver llegar el momento de librarnos de ellos. Mientras tanto, hay que seguirles dando de comer todos los días.

-¿Y qué quieres que haga -se defendió su padre- si la dichosa paloma todavía no ha vuelto? ¿Crees que a mí me agrada esta situación?

“Pero tú no tienes que limpiar los establos” -pensó el hijo, sin atreverse a decirlo en voz alta. Pese a ello, insistió:

-Alguna solución habrá que buscar, ya que los animales comienzan a estar hambrientos y tememos que en cualquier momento nos puedan dar un disgusto.

-¿Por qué no les racionáis la comida?

-Eso ya lo hemos hecho, y no podemos racionarla más porque entonces muchos de ellos se morirían de hambre. Además, tememos que los carnívoros se vuelvan tan peligrosos que intenten incluso devorarnos a nosotros. No veas lo excitados que están los tigres, los leones, los leopardos...

-Está bien -le interrumpió su progenitor, poco deseoso de conocer los detalles-. Si las cosas están tan mal como dices, habrá que arbitrar alguna solución de emergencia.

Hizo una pausa aparentando meditar, y dijo al fin:

-Podríamos sacrificar a los dos brontosaurios; así tendríamos carne suficiente para alimentar a las fieras y podríamos utilizar además su pienso para dar de comer a los demás herbívoros.

-Pero padre -objetó Sem-, eso significaría perder una especie viva... y de las importantes. Tú nos dijiste que Yahvé te ordenó preservar a todos los animales, incluso a los impuros...

-Lo sé de sobra, pero qué quieres que haga... -se defendió, molesto, el patriarca- es muy fácil ordenar desde allá arriba sin tener que mancharse las manos. Además, mejor esto a que se nos mueran de inanición la mitad de esos malditos bichos. Anda, busca a tus hermanos y encargaos de ello, yo mientras tanto seguiré pendiente a ver si vuelve de una vez la puñetera paloma.

Obediente, Sem se retiró al interior del arca. Por un lado, refunfuñaba para sus adentros ante la evidencia de que no era precisamente su padre quien se manchaba las manos, sino ellos; pero por otro, se sentía satisfecho de desembarazarse de unos animalotes tan fastidiosos, sobre todo cuando tocaba quitar el estiércol.

Por su parte, Noé volvió a otear el horizonte en busca de la esquiva volátil, al tiempo que reflexionaba acerca de la suerte que habían tenido al no haber logrado encontrar, en los días previos al diluvio, ninguna pareja de tiranosaurios vivos; hubiera podido ser todavía mucho peor, se dijo.

CRECED Y MULTIPLICAOS

Se hallaba Noé atareado dando de comer a los tapires cuando su hijo Sem entró corriendo en la cuadra:

-¡Padre! ¡Padre! ¡He cazado a otros tres! -gritaba eufórico el muchacho exhibiendo orgulloso sus trofeos, tres conejos muertos que llevaba cogidos por las orejas-. ¡Y Jafet tiene otros cuatro más!

-Enhorabuena, hijo -respondió con sorna el patriarca-. Ya sólo deben quedar sueltos unos cincuenta o sesenta más... sin contar a los gazapos recién nacidos. Ah, échaselos a los zorros, a las hienas o a cualquier otro carnívoro... pero ni se te ocurra llevárselos a tu madre, estoy harto de comer todos los días conejo al ajillo.

-Padre... -musitó Sem en tono medroso-. ¿No podrías levantarle el castigo a Cam? El pobre lleva semanas acarreando estiércol de elefante, y no ha conseguido quitarse de encima el pestazo ni poniéndose bajo la lluvia en cubierta.

-¡Ni se te ocurra mencionarlo si no quieres ir a hacerle compañía! -le atajó Noé fulminándolo con la mirada-. Mira que os advertí que no jugarais con los animales y no sacarais de sus jaulas a los pequeños, y mucho menos que juntarais a los de distinto sexo. Pero no, el señorito Cam tuvo la ocurrencia de ponerse a jugar con los conejos y las conejas... y menos mal que no le dio por hacerlo con los ratones o con las ratas. Luego se le escaparon al muy idiota, hicieron lo que acostumbran a hacer los animales salvajes en estas circunstancias, y ahora tenemos el arca plagada de estos bichos puesto que se reproducen mucho más deprisa de lo que nosotros los cazamos. ¿Y me pides encima que le perdone? Que dé gracias a que no le pongo a cuidar a las serpientes venenosas o a los cocodrilos.

-Tienes razón, padre -porfió el muchacho-, pero así serían dos manos más cazando conejos, Jafet y yo no damos abasto y tú ya tienes bastante con alimentar al zoo.

-Rotundamente no. Así escarmentará el muy cretino, del que nunca me he fiado un pelo; sería capaz de faltarme el respeto burlándose de mí si tuviera la menor ocasión de ello. Además, confío en que deje pronto de llover y podamos abandonar de una puñetera vez este antro flotante, estoy harto de animales, de sus olores, de sus pulgas... y del reuma, que acabo de cumplir seiscientos años y ya no soy ningún jovenzuelo. Aunque acabemos con el arca llena de conejos, por la cuenta que les trae ya saldrán disparados en cuando soltemos a los predadores. Pero mientras tanto tu hermano seguirá recogiendo mierda como que me llamo Noé.

Viendo que no era capaz de convencer a su inflexible progenitor, Sem se escabulló temeroso de que éste cumpliera su amenaza enviándole con su hermano. Al fin y al cabo, cazar conejos hasta resultaba entretenido.

OCASIÓN PERDIDA

Se encontraba Noé calculando pacientemente la cantidad de pienso y forraje que quedaba almacenada -como no dejara de llover pronto no tendría más remedio que racionar la comida a los animales-, cuando un molesto picotazo en el tobillo le arrancó de su tarea, algo bastante fastidioso dado que la contabilidad no era su fuerte y le resultaba difícil enfrascarse en los tediosos cálculos.

Con un enérgico manotazo cazó a su desprevenido enemigo, que resultó ser una garrapata de respetable tamaño atiborrada de sangre, con toda probabilidad suya, a juzgar por el repulsivo manchón sanguinolento que circundaba a modo de mortaja su cuerpo despachurrado.

Reprimiendo un gesto de repugnancia se limpió la mano con el borde de la túnica e, incapaz de recobrar la concentración perdida, maldijo mentalmente, que no era cuestión de que le oyeran *allá arriba*:

-¡Maldita sea la hora en la que acepté cargar con este marrón! -rezongó para sí-. No teníamos bastante con el esfuerzo de atrapar a todos estos malditos animales encerrándolos en el arca sin más ayuda que la de mi mujer y la poca de los haraganes de mis hijos, de mis nueras mejor no hablar porque se pasan el día acicalándose sin dar palo al agua; no teníamos bastante con aguantar los olores, con recoger el estiércol, con darles de comer, con evitar que nos ataquen cuando les limpiamos las jaulas; no teníamos bastante con este zarandeo que no se acaba nunca y nos tiene condenados a un mareo perpetuo. ¡Pues no, señor, todavía tenemos que padecer esta peste de parásitos que trajeron los animales y que nos están trayendo mártires! ¡Si lo llego a saber me quedo en casa y que le dieran morcillas a la repoblación del mundo! Total, a mis seiscientos años ya había vivido bastante para merecerme una vejez tranquila.

Exhaló un profundo suspiro y continuó con su lamento:

-¡Y eso que se lo advertí! Pero Él siguió en sus trece. "*De todos los animales puros tomarás para ti siete parejas, el macho con su hembra, y de todos los animales impuros una pareja, el macho con su hembra*" -me dijo, y se quedó tan campante-. Y cuando le pregunté si todos estos bichos asquerosos quedaban fuera de la lista, como era lógico, me respondió que también eran criaturas Suyas y que, por lo tanto, tenían tanto derecho como los demás animales a perpetuarse. Claro que, como *allá arriba* no les pican, les trae sin cuidado que a nosotros nos estén comiendo vivos.

-¡Señor, qué harto estoy de todo! -exclamó a modo de conclusión de su mudo monólogo. Y, ya desahogado, volvió a enfrascarse en las no menos desagradables sumas que, pese a todos sus esfuerzos, no le cuadraran ni a tiros.

-Casi -se dijo- prefería los picotazos.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA EXTINCIÓN DE LOS MAMUTS

El temporal duraba ya varios días, el arca se zarandeaba como una coctelera y Noé no estaba seguro de si seguía teniendo el estómago en su sitio o si lo habría expulsado por la boca en una de sus obligadas visitas a la borda, lo que le hacía lamentarse por haber aceptado el encargo de salvar a la humanidad y a toda una representación zoológica del diluvio universal.

Y sólo faltaba el inútil de Jafet trayéndole más problemas en lugar de solucionarlos él solo.

-¡Padre! ¡Padre! ¡El mamut!

-¿Qué le pasa a ese bicho? -rezongó disgustado-. ¿Ha vuelto a tener diarrea?

-No... -el muchacho estaba claramente embarazado-. Es que... no quiere saber nada con su hembra, y sin embargo no hacía más que acercarse al elefante. Y como éste no estaba por la labor, hemos tenido que separarlos para evitar que se pelearan.

-Vamos, que elegimos a uno de la acera de enfrente. Vaya tino.

-¿Y qué hacemos ahora? -insistió su hijo.

-Si te parece, lo desembarcamos y buscamos a otro que esté más por la labor de perpetuar la especie.

-Pero... eso no podemos hacerlo -protestó el muchacho, sin captar el tono irónico de su padre, al tiempo que señalaba con la mano la vastedad del agua que se extendía hasta el horizonte por todas las direcciones.

-Hijo mío, naciste idiota y lo seguirás siendo hasta que te mueras -le espetó Noé, que no precisaba ninguna ayuda para sentir como si le estuvieran taladrando la cabeza.

Y viendo que éste seguía sin reaccionar, le espetó:

-¿Qué vamos a hacer? Dejarle tranquilo y soltarlo con los demás animales cuando termine esta aventura... si es que termina algún día. ¿Se te ocurre alguna idea mejor?

-Ya, pero... si no quiere juntarse con su pareja, se extinguirá la especie...

-Evidentemente, pero ¿qué quieres que hagamos? Bastante tengo con evitar que este cascarón se vaya a pique, tener a los animales bien cuidados y alimentados evitando que unos ataquen a otros, y aguantar a los cretinos de mis hijos que en vez de ayudarme no hacen más que crearme problemas -había ido elevando la voz hasta acabar

vociferando-. ¿Y encima pretendes que me preocupe por el futuro de los mamuts? Anda y que se extingan, lo único que lamento es que no lo hubieran hecho antes para no tener que cargar con ellos con lo que abultan, lo que comen y lo que... -hizo una pausa y continuó-. ¡Ya estás limpiando sus cuadras, y de paso las de los elefantes! ¡Estoy harto de aguantar la peste que sueltan!

Jafet huyó despavorido y Noé volvió a desplomarse en su lecho, preguntándose por qué razón Él no se había molestado en crear las aspirinas antes de montar el numerito del diluvio.

LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DEL VINO (I)

Tras el Diluvio, una vez que las tierras estuvieron secas y Yahvé sellara una alianza con Noé, éste se dedicó a labrar la tierra.

Estaba un día realizando las labores del campo cuando vio llegar volando a un ave negra que se posó a su lado. Era el cuervo que soltara en el arca cuando ésta varó en el monte Ararat.

-¡A buenas horas llegas, pajarraco! -le gritó irritado-. ¿Por qué no volviste cuando te solté? Aprende de la paloma...

E hizo ademán de golpearle con la azada, deteniéndose al ver que el pájaro portaba un papel en el pico.

-¡A ver qué traes aquí! Espero que sea lo suficientemente importante para que te perdone la vida.

El animal no se inmutó, ofreciéndoselo dócilmente.

Noé lo desdobló y con dificultad, no en vano tenía 601 años y su vista no era ya la de antes, leyó este mensaje:

CASA PACO
TAPAS VARIADAS
EL MEJOR VINO DE TODO ORIENTE
¡VISÍTENOS!
OFERTA DE INAUGURACIÓN
POR CADA VASO DE VINO,
OTRO GRATIS

-¡Vaya! -celebró el patriarca enjugándose el sudor del rostro-. Por fin una buena noticia. Ya estaba harto de beber agua, como si no hubiera tenido bastante durante el dichoso Diluvio. ¡Y además está cerca! -exclamó satisfecho tras consultar el plano que venía dibujado en el dorso-. Puedo escaparme hasta allí y volver por la tarde sin que mi mujer se entere.

Y satisfecho de su suerte, arrojó la azada y se encaminó a la tasca. Pero Noé no estaba familiarizado con el vino, pues no lo había bebido nunca, y desconocía sus efectos si se tomaba en exceso. Así pues, regresó embriagado a casa y se acostó desnudo sobre su lecho, donde le encontró su hijo Cam y se burló de su desnudez.

El resto es historia.

LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DEL VINO (II)

Una vez que Noé y su familia salieron del arca tras el Diluvio, Noé se convirtió en agricultor y plantó una viña.

Bebió de su vino, se embriagó, y se desnudó en mitad de su tienda.

Vio Cam, el más pequeño de sus hijos, la desnudez de su padre, y fue a decírselo a sus hermanos, que estaban fuera.

-¡Mirad qué cutre es nuestro padre! -exclamó riéndose a carcajadas-. ¡Emborracharse con vino peleón en vez de tomarse un *gin-tonic* cono Yahvé manda, con especias o frutas! ¡Hay que ser paleto!

Pero Sem y Jafet no se burlaron de su padre y cubriendo con un manto su desnudez le dejaron tranquilo hasta que se le pasara la borrachera, hecho lo cual se marcharon ambos a un bar cercano donde preparaban los mejores combinados de todo el Oriente Medio.

Cuando a Noé se le pasó la resaca y se enteró de lo ocurrido, maldijo a Cam y a todos sus descendientes. Pero ésta es ya otra historia.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA EXTINCIÓN DE LOS TILAPERIOS

Noé se paseaba nerviosamente recorriendo una y otra vez la cubierta del Arca. El cielo, cubierto de ominosas nubes y rasgado por relámpagos cada vez más frecuentes, daba claros signos de empezar a romperse vertiendo las aguas que provocarían el diluvio.

Tras hacer recuento de los animales recogidos había descubierto que faltaba una pareja de tilaperios sin que hasta ese momento, a saber por qué razón, hubieran caído en su ausencia. Así pues, apremiado por la falta de tiempo, envió a sus tres hijos a buscarlos antes de que se vieran obligados a refugiarse en el navío poniéndose a salvo del castigo divino.

Pero sus hijos no aparecían, lo cual le inquietaba temeroso de que no pudieran llegar a tiempo. Por enésima vez se asomó por la borda mesándose la patriarcal barba al tiempo que oteaba con sus ojos cansados -aunque se conservaba bien seiscientos años eran muchos años- el horizonte.

Finalmente los vio, tres puntitos que se acercaban poco a poco convirtiéndose en tres figuras humanas que luchaban contra las cada vez más fuertes ráfagas de viento... sin rastro alguno de los animales. Noé frunció el ceño y bajó con rapidez atravesando las entrañas de la nave antes de salir de ella por el portón que se mantenía abierto. Poco después llegaban sus hijos.

-¿Dónde están los tilaperios? -les espetó con su autoridad de patriarca.

-Lo siento, padre -respondió Sem, el primogénito, erigiéndose en el portavoz de sus hermanos-. No nos ha sido posible encontrarlos. Vimos a uno, no sabemos si macho o hembra porque huyó cuando intentamos acercarnos a él. Y por más que buscamos no conseguimos encontrar a ningún otro, así que decidimos volver antes de que empezara a llover.

-¿Cómo es posible esto? -clamó Noé iracundo-. Yahvé me prometió que los animales acudirían por sí solos a su llamada sin necesidad de tener que ir a buscarlos.

-Pues ya lo ves -intervino Cam, el más insolente de los tres-, al parecer los tilaperios debían de estar sordos.

Iba a responder su padre a la irreverencia como se merecía cuando Jafet, más sensato, medió en la incipiente discusión intentando apaciguar los ánimos.

-Padre, no podíamos esperar más, el diluvio es inminente -apoyó sus palabras señalando con la mano al amenazador cielo-. De sobra sabes que los tilaperios son unos animales sumamente estúpidos y desconfiados; habríamos perdido mucho tiempo buscándolos y, de no haber vuelto a toda prisa, además de ellos también nos habríamos quedado fuera del Arca nosotros.

-Está bien -refunfuñó el patriarca al tiempo que un grueso goterón se estrellaba contra su venerable calva-. Sea como sea, lo cierto es que ya no tiene remedio. Ya hablaremos de esto, pero ahora vamos para adentro porque la cosa se pone fea. Ayudadme a cerrar y asegurar el portón.

Mientras así lo hacían, rezongaba para sí mismo:

-No es que lo sienta demasiado por esos bichos, al fin y al cabo Jafet tiene razón, pero me disgustaría que en un futuro mi memoria quedara manchada por la pérdida de estos animales, y que los zoólogos de entonces vituperen mi nombre culpándome de no poder estudiarlos y catalogarlos convenientemente. Pero yo no puedo hacer más, menudo marrón con el que me cargó Yahvé; y encima a mis años, cuando debería estar disfrutando tranquilamente de la jubilación en vez de meterme a armador y director de un zoológico. Espero, al menos, que con tanta humedad como la que va a haber no se me agrave el reuma.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA EXTINCIÓN DE LOS TITEROTES

Habían pasado ya varios días desde que el Arca comenzara su azarosa navegación por el inmenso mar en el que el diluvio había convertido a la tierra. Noé, sin mucho que hacer ahora -por algo era el patriarca- dado que eran sus hijos y sus esposas quienes se ocupaban de atender y alimentar a los animales, se paseaba por los corrales y las cuadras vigilando que todo estuviera correcto.

Se encontraba en la zona de los grandes animales cuando, tras pasar por delante de los elefantes, los rinocerontes, los hipopótamos y las jirafas, se detuvo distraído frente a la pareja de titerotes. Fue entonces cuando descubrió que algo parecía no cuadrar con lo esperado y, fijándose con más detenimiento, pasó de la extrañeza a la sorpresa y de ésta a la irritación.

-¡Sem, ven aquí inmediatamente! -tronó con toda su autoridad patriarcal, pues era éste el responsable del sector.

Acudió raudo su hijo, que se encontraba algo más allá atendiendo a los bisontes, sorprendido por lo apremiante de la llamada.

-¿Qué ocurre, padre? Iba a venir para acá en cuanto terminara con los ungulados.

-¡Fíjate en esos animales! -fue la perentoria respuesta-. ¿No ves algo raro?

-Pues... -musitó éste echando un vistazo a los perezosos animales- la verdad es que no. Lo cierto es que dan poca guerra en comparación con los otros de su tamaño.

-¿Eres idiota? -bramó su progenitor-. ¡Son dos machos! ¿O es que ni siquiera eres capaz de distinguir su sexo? Como si no se notara...

-Ahora que lo dices... pues sí, me parece que vas a tener razón. Qué tonto, no había caído en ello.

-Caído, caído... ¡a ti sí que se te va a caer el pelo, pedazo de animal! El Jefe lo dijo bien claro, MACHO y HEMBRA; como hasta el más inútil puede comprender sólo así es posible cumplir con su mandato de procread y multiplicaos. ¿Cómo pretendes que procreen dos machos? A no ser que sigas creyendo, como cuando eras pequeño, que los niños y los cachorros vienen de Babilonia.

El pobre Sem callaba apesadumbrado. Finalmente, y ante el mudo requerimiento de su padre, habló:

-Yo... yo no lo sabía. Cuando los recogimos, como vi que estaban siempre juntos y se llevaban tan bien pensé que... ¿no podríamos buscarles pareja?

-¿Bajo esta masa de agua? -ironizó el patriarca-. Me temo que a estas alturas todos los demás representantes de su especie deben de estar ya ligeramente ahogados, nunca oí que los titerotes supieran nadar.

-Entonces... -Sem no sabía donde meterse-. ¿Qué hacemos?

-¿Qué sugieres tú, zopenco? -y ante el silencio de su hijo continuó-. Los soltaremos, como a los demás, cuando se retiren las aguas, pero mucho me temo que éstos serán los dos últimos titerotes que vivan sobre la faz de la tierra. Y todo, por tu culpa. Pero como ya no tiene remedio habrá que resignarse, confío que en el futuro los zoólogos no los echen de menos. El que sí se va a acordar de ellos vas a ser tú, porque a partir de ahora te encargarás de limpiar todo el estiércol que produzcan los animales hasta que éstos salgan del Arca. Y solito, porque como se te ocurra pedir ayuda a tus hermanos, a tu mujer o a tus cuñadas, te juro que te tiro por la borda.

Dicho lo cual, Noé se marchó hecho un basilisco.

-Pues tampoco era para tanto -reflexionó el atribulado Sem a modo de disculpa-. Con lo feos que son estos bichos, tampoco es que se vaya a perder demasiado.

Pero conocedor de como las gastaba su padre, se apresuró a cumplir su castigo.

LAS PRISAS NO SON BUENAS

Noé comenzaba a impacientarse. El ominoso aspecto del cielo presagiaba un inminente inicio de las lluvias, y aunque la mayoría de los animales se encontraban ya resguardados en sus corrales y establos dentro del Arca, sus hijos seguían sin hacer entrar a los últimos, precisamente los más grandes.

Preocupado salió del navío para apremiarles, descubriéndolos en una agitada discusión en lugar de estar conduciéndolos al interior.

-¿Qué ocurre? -les preguntó irritado-. ¿Por qué no habéis terminado? Se nos está haciendo tarde.

-Disculpa, padre -respondió Sem-, pero no nos ponemos de acuerdo sobre cuantos de estos animales han de ir al Arca y cuantos deben quedarse aquí.

-¿Por qué decís eso?

-Las instrucciones son claras -tomó el relevo su hermano Cam-: una pareja de cada especie. Todos los demás sobran.

-¿Y bien? -le espetó el patriarca recorriendo con la vista la pequeña manada-. Elegid dos cualquiera y olvidaos del resto; eso sí, aseguraos que sean macho y hembra, no vayamos a liarla cuando ya no haya remedio.

-Ése es el problema -terció Jafet rascándose la coronilla-. Que no tenemos claro si todos estos ejemplares pertenecen a razas de la misma especie o si corresponden a varias especies distintas, aunque emparentadas.

-Aquí tenemos elefantes, mamuts y mastodontes -apoyó Sem señalando respectivamente a los diferentes proboscídeos-, tanto machos como hembras. Y la cuestión estriba en saber si sólo deberíamos seleccionar a una pareja de ellos considerándolos congéneres, o a una pareja de cada tal como hemos hecho con los leones y los tigres, las cabras y las ovejas o los caballos y los asnos.

-Y mientras os ponéis de acuerdo, se abrirán los cielos y empezará el Diluvio -rezongó Noé mirando temeroso hacia las alturas-. Chicos, no nos queda tiempo. Decidid rápidamente y vayámonos adentro antes de que empiece la fiesta.

Corroborando sus palabras, comenzó a llover.

-¡Vamos, rápido! -les apremió. Y viendo que se mostraban indecisos, tomó el control de la situación-. ¡A ver, Sem, agarra a ese macho! ¡Y tú, Cam, a la hembra que

está a su lado! ¡Supongo que serán de la misma especie, o raza, es preferible no mezclarlos!

Ante el mudo asentimiento de sus hijos, remachó:

-¡Y tú, Jafet, dispersa a los demás! No quiero que alguno de ellos nos entorpezca cuando el Arca comience a navegar.

-¡Pero padre...! -objetó el aludido, principal defensor de rescatar a todos ellos-. Si son especies distintas, las que queden fuera se extinguirán.

-Ya es tarde para eso -zanjó Noé viendo que la lluvia arreciaba por momentos-. Si no hubierais perdido tanto tiempo discutiendo como cotorras podríamos haberlos salvado a todos, pero no así. Además -concluyó-, andamos justos de sitio y de comida para los animales, y éstos no son precisamente pequeños. Por lo tanto, no hay mal que por bien no venga. ¿Os imagináis cuánto debe de comer cada uno de estos bichos? Aparte de que tampoco resultará agradable retirar el estiércol. Así queda la cosa, y obedeced deprisa que me estoy calando.

Ésta fue la manera en la que se extinguieron los mastodontes y los mamuts.

LAS DUDAS DE NOÉ

Viendo Yahvé cuanto había crecido la maldad del hombre, se arrepintió de haberlo creado y decidió exterminarlo de la faz de la tierra junto con los animales, los reptiles y las aves del cielo.

Dijo entonces a Noé:

-Construye un arca de madera de trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto. Cuando esté terminada entrad en ella tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos, y de todos los animales meterás también parejas de macho y hembra de las aves, de las bestias, de las fieras y de todo reptil que se arrastra por la tierra para que perdure su prole, porque haré llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches y exterminaré toda la vida que alienta sobre ella.

Pero Noé titubeó:

-Señor, no creo que ello sea posible.

-¿Cómo osas dudar de mi omnipotencia, mísero mortal? -tronó encolerizado Yahvé-. Lo que yo creé de la nada puedo hacerlo desaparecer igualmente como si nunca hubiera existido.

-Señor, no dudo en modo alguno de tu omnipotencia, sino de mis débiles fuerzas -respondió humildemente el patriarca-. Me ordenas que construya el arca sin tener el menor conocimiento de ingeniería naval; aunque fuera capaz de hacerlo con la única ayuda de mis hijos, ¿cómo podríamos recoger en ella a la totalidad de los animales que has indicado, así como los alimentos necesarios para su manutención y la nuestra? ¿Cómo podría ir a buscar a los animales que habitan en países lejanos como los ornitorrincos, los pingüinos, las anacondas, los osos polares, los dragones de Komodo, los canguros o los oricteropos? ¿Cómo podría evitar que se mataran entre ellos o se devoraran? Ni siquiera soy joven, cuento ya con más de quinientos años de edad.

-Sigues dudando de mi omnipotencia, puesto que cuestionas mi capacidad para ejecutar cuanto has enunciado sirviéndome de ti y de los tuyos. ¿Sabías que hace tan sólo sesenta y cinco millones de años provoqué una extinción masiva, incluidos los arrogantes dinosaurios, haciendo caer un asteroide sobre la tierra, y que antes de ella había decretado otras cuatro todavía más mortíferas? Si fui capaz de hacerlo en todas estas ocasiones sin ayuda alguna, ¿qué me impedirá obligarte a obedecer mis órdenes mientras desato una sexta extinción masiva mediante el diluvio universal? He cambiado de estrategia sólo porque me aburre repetir los cataclismos anteriores y prefiero ensayar nuevas técnicas.

Por la mente de Noé cruzó fugazmente la idea de que si Yahvé se veía obligado a resetear cada cierto tiempo la Creación sería quizás porque los resultados fueran un tanto chapuceros, pero se apresuró a olvidarla por temor a su omnisciencia. Bastante marrón le había caído encima como para correr el riesgo de empeorarlo todavía más si se enteraba. Así pues, inclinó respetuosamente la cabeza en señal de acatamiento.

-Por esta vez perdono tu insolencia -condescendió el Creador-, pero os conmino a que comencéis ahora mismo la construcción del arca, que el tiempo vuela; yo proveeré para que podáis terminarla a tiempo. Del tema de los animales podréis desentenderos, ya que me encargaré personalmente de ello. No necesitaréis ir a buscarlos porque vendrán dócilmente a vosotros, y si finalmente no hay espacio suficiente para todos tampoco habréis de preocuparos; al fin y al cabo siempre se han extinguido especies por causas naturales sin que yo interviniera en absoluto. Con los que quepan, será más que suficiente para empezar de nuevo. Eso sí -añadió-, no os olvidéis ni de los cuervos ni de las palomas; serán imprescindibles para el guión de los próximos episodios.

LAS TRIBULACIONES DE NOÉ

Tras un año largo de encierro en el arca, Noé y su familia pudieron volver a pisar tierra firme cuando, tras la retirada de las aguas del diluvio, ésta se posó en el monte Ararat. Salieron del navío y, tras soltar a los animales supervivientes de la travesía, el patriarca decidió alzar un altar a Yahvé ofreciéndole un holocausto. Para ello pidió a Sem, su hijo mayor, que trajera animales puros y aves puras con los que consumar el holocausto.

-Padre, esto no es posible -respondió éste.

-¿Cómo que no es posible?

-Padre, sabes de sobra que apenas quedaban animales cuando encallamos en tierra, y ninguno de ellos es puro ni, por lo tanto, apropiado para el sacrificio. Además los soltamos a todos ellos y huyeron esparciéndose sobre la faz de la tierra.

-¿No tenemos animales para el holocausto? -preguntó incrédulo.

-Ni para el holocausto ni siquiera para comer nosotros. Recuerda que las ratas escaparon de sus jaulas y, tras crecer y multiplicarse desaforadamente, acabaron con buena parte de las provisiones de grano. Luego se desató una plaga entre los animales que mató a muchos de ellos, y los supervivientes padecieron hambre. Finalmente los carnívoros huyeron de sus encierros y devoraron a los herbívoros que restaban. Y por si fuera poco, el choque contra una roca que sobresalía de las aguas provocó una inundación de la sentina que acabó con nuestras últimas provisiones. De haber durado algo más el viaje no habríamos tenido para comer más que la madera de la propia arca.

-Y por si fuera poco -añadió su hermano Cam, que se había aproximado en silencio-, seguimos sin tenerlo; aquí no hay animales, ni siquiera los más inmundos, que poder cazar o pastorear, y las plantas han quedado arrasadas por el diluvio. Hasta que las semillas no germinen y las plantas no den fruto, no tendremos con qué alimentarnos.

Iba a responderles Noé, cuando una potente voz resonó desde las alturas.

-¡Noé, estoy aguardando tu sacrificio! ¿A qué esperas para satisfacerme?

-Señor -exclamó el abatido patriarca-, ya has oído a mis hijos. No tenemos con qué hacerlo. Como no quieras que prendamos fuego al arca...

-¡Noé! -bramó Yahvé-. Has sido indigno de mi confianza. ¿Cómo esperáis sobrevivir tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos, careciendo de sustento?

¿Cómo vas a poder obedecer mi mandato de crecer y multiplicaros hasta que hayáis repoblado la tierra?

Sin saber qué responder, el interpelado guardó silencio. Fue Jafet, su hijo menor que también se había reunido con ellos, quien lo hizo por él con la osadía propia de su juventud.

-No ha sido culpa nuestra. Nosotros éramos pastores y agricultores que vivíamos de nuestro trabajo honrando tu memoria. Nada entendíamos de ingeniería naval ni de guardianes de zoológico, pese a lo cual tuvimos que ejercer de ambas cosas sin la menor ayuda pese a que todavía faltan siglos para que estos oficios sean inventados. Salvando todo tipo de dificultades construimos el arca y estabulamos en ella a los animales siguiendo tus instrucciones, pero carecíamos de conocimientos adecuados para afrontar tu mandato y desconocíamos por completo las dificultades que pudieran surgir. Demasiado hemos hecho llegando sanos y salvos a este páramo desértico en el que no crece ni una mala hierba ni por el que se arrastra un solo reptil. ¿Debemos ser además castigados por ello?

Mientras su padre y sus hermanos le miraban horrorizados por el sacrilegio en que imprudentemente había incurrido, Yahvé habló de nuevo admonizando severamente a Noé.

-Debería castigaros a ti y a tu parentela por vuestra ineptitud, y una vez más a tu hijo por su insolente irreverencia. Pero como soy benévolo y por encima de todo omnipotente, he decidido otorgaros una segunda oportunidad. Violando las leyes físicas que yo mismo establecí, haré retroceder el tiempo hasta el momento en el que te ordené que construyeras el arca. Puesto que ya conoces las dificultades y los problemas que tendrás que afrontar durante el diluvio, podrás ser capaz de solucionarlos. ¡Ah, y esta vez procurad lavaros más, que por falta de agua no va a ser! Hasta aquí arriba llega el pestazo que soltáis.

Iba Noé a protestar argumentando que prefería morir de hambre en ese pedregal antes que volver a pasar por semejante ordalía, cuando de repente se vio de nuevo en su apacible país, junto a su tienda, oyendo una voz que desde el cielo decía:

-Noé, veo venir el fin de todos, pues la tierra está llena toda de sus violencias y voy a exterminarlos arrojando sobre la tierra un diluvio de aguas que aniquilará cuanto bajo el cielo alienta vida. Pero contigo haré una alianza, pues sólo a ti he hallado justo de todos los de tu generación. Construirás un arca de trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto y entrareis en ella tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos...

-¡No, otra vez no! -gimió el desdichado patriarca-. ¡Prefiero ahogarme!

DESPUÉS DEL DILUVIO

Noé se mesaba desesperado su patriarcal barba, puesto que de su cuero cabelludo poco se podía mesar dada su galopante alopecia.

-Llevamos dos meses varados en este andurrial -se lamentaba-, Yahvé me ha ordenado que suelte a todos los animales que embarqué en el Arca, yo no sé qué hacer con ellos porque la mayoría se han acostumbrado a la buena vida y no se quieren ir; ni tan siquiera sé qué hacer con nosotros mismos, vete a saber a cuanta distancia estaremos de nuestra casa y como podríamos llegar a ella atravesando a pie estas tierras yermas de toda vida. Claro que para él es muy fácil mandar, pero a nosotros, pobres mortales, nos ha caído un marrón de tres pares de narices.

Seguía renegando de su infortunio cuando de repente la inspiración prendió en él de forma tan repentina como suele acostumbrar a hacer tan veleidoso don.

-¡Ya está! -exclamó feliz-. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Sem, Cam, Jafet, venid inmediatamente! -llamó en tono perentorio a sus hijos-. ¡Tenemos trabajo pendiente!

Días más tarde en la ladera del monte Ararat junto a la encallada Arca, convertida en residencia improvisada de la familia de Noé, se alzaba una llamativa carpa multicolor en cuya puerta se podía leer el siguiente rótulo escrito en las principales lenguas de la zona:

CIRCO NOÉ

BESTIAS FEROCES
ANIMALES EXÓTICOS
NUNCA VISTOS EN
MESOPOTAMIA, CANAÁN,
EGIPTO NI ORIENTE MEDIO.

LA MEJOR ATRACCIÓN
DE TODO EL CRECIENTE FÉRTIL
Y LAS REGIONES VECINAS.
VISÍTENOS Y NO SE ARREPENTIRÁ
NOÉ, EL MEJOR CIRCO DEL MUNDO

Lamentablemente, lo que no indican las crónicas es si el patriarca navegante llegó a tener éxito con su audaz iniciativa empresarial.

CUESTIÓN DE TAMAÑO

Noé, sentado en su mesa de trabajo cercana al Arca todavía sin terminar, se mesaba su patriarcal barba con gesto de desesperación.

-¿Qué te pasa, padre? -le preguntó su hijo Cam aprovechando para escabullirse un momento del duro trabajo de construcción del navío.

-¿Qué me va a pasar? -respondió desabrido-. Que no me salen las cuentas.

-Bueno, yo creo que si mantenemos el ritmo podremos terminarla a tiempo antes de que empiece a llover -respondió el mocetón al tiempo que echaba un trago del botijo-. No nos queda tanto para acabar.

-No es eso lo que me preocupa -rezongó su progenitor-. Sino su tamaño.

-¿Qué problema hay? Seguimos las instrucciones al pie de la letra: "*Haz un arca de maderas resinosas, divídela en compartimientos y calafatéala con pez por dentro y por fuera. Hazla así: trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto; harás en ella un tragaluz, y a un codo sobre éste acabarás el arca por arriba; la puerta la haces a un costado; harás en ella un primero, un segundo y un tercer piso*" -recitó Cam la lección bien aprendida-. Y así la estamos haciendo. ¿Qué problema hay entonces?

-El tamaño -repitió Noé-. Es demasiado pequeña.

-¿Pequeña? Pues menudo trabajo nos está dando.

-He estado haciendo cálculos -continuó el patriarca sin prestarle atención. Trescientos codos por cincuenta y por treinta[1] dan un volumen total de 450.000 codos cúbicos[2]. Pero en realidad son bastantes menos, puesto que el Arca no es un paralelepípedo sino que se va estrechando hasta llegar a la quilla. Descuenta también el espacio destinado a nuestra vivienda, los pasillos, los almacenes de víveres y de pienso para los animales...

-¿Y qué? -le interrumpió estólido su hijo-. Él ya habría hecho sus cuentas, así que no hay por qué preocuparse.

-¿Que no hay que preocuparse? Llevo días rompiéndome la cabeza calculando el espacio necesario para albergar a los animales, y por más vueltas que le doy el resultado es el mismo: es imposible que quepan todos, diga Él lo que diga.

-Mira que me extraña... Él el omnisciente, nunca incurriría en un error de ese calibre.

-¡Narices con la omnisciencia! Las matemáticas sí que no se equivocan, y el resultado si comparamos la capacidad del Arca con la lista de los animales que tenemos que embarcar en ella calculando lo que ocupan, el espacio que necesitan y todo lo demás, es tajante: no caben todos. De hecho, apenas cabrían unos pocos. ¿Tú sabes cuánto abulta un diplodocus? Veinticinco metros de largo por seis y medio de alto, con un peso de unas quince toneladas[3]. ¿Cuántos de ellos podríamos meter incluso encogidos y derribando las divisiones entre los diferentes pisos, ya que si no fuese así no habría suficiente altura? También tendríamos que meter a sus parientes como los brontosaurios, los braquiosaurios y otros todavía mayores; incluye a los tiranosaurios, los alosaurios y al resto de su familia, evitando además que los devoren; a otros *animalitos* como los estegosaurios, los triceratops, los iguanodontes... y dos de cada, puesto que habría que sumar a sus parejas. Eso sin contar, claro está, con la pérdida de flotabilidad frente a tanto peso. Así pues, ¿cuántas Arcas necesitaríamos tan sólo para ellos? Añade también al resto de los animales, desde los elefantes hasta los ratones y desde los avestruces a los gorriones.

-Pensándolo bien... -concedió Cam rascándose la coronilla; nunca se había destacado por su agudeza mental.

-Y como si no tuviéramos bastante trabajo para construir un Arca los cuatro solos -obvió decir que él poco trabajaba en ella, escudándose en su condición de organizador y padre-, sólo faltaría que nos dijera que la hiciéramos más grande o que organizáramos toda una flota. ¡Qué fácil es mandar cuando el marrón les cae a otros!

-¿Pues qué sugieres?

-Vamos a ir a lo práctico. Nos olvidamos de esos bicharracos, que además sólo nos darían problemas, y embarcamos a todos los animales que buenamente quepan empezando por los más pequeños y siguiendo por los más grandes hasta que el Arca esté llena. En cuanto a los que se queden fuera... Dios proveerá.

Así fue como se consumó la extinción de los dinosaurios.

OPORTUNISMO

Estimado señor gerente de la Compañía Mesopotámica de Productos Cárnicos.

Me dirijo a usted para comunicarle que, conocedor de las dificultades por las que está atravesando su empresa para proveerse de materias primas a causa de los recientes fenómenos meteorológicos, nos es posible suministrárselas en cantidades garantizadas, y durante el tiempo que sea necesario, para que la elaboración de sus afamados productos no se vea mermada ni sus clientes desabastecidos.

Ponemos a su disposición carne de primera calidad procedente de diferentes animales, tanto ganado (vaca, oveja, cabra, camello, cerdo, potro, conejo, gallina, pato) como salvajes e incluso exóticos (elefantes, avestruces o tapires), siempre a unos precios competitivos que vienen reflejados en el anexo 1. La carne puede ser suministrada en canal limpia de piel, pezuñas y vísceras, o por cortes conforme a los despieces tradicionales.

Asimismo disponemos de leche y productos lácteos, huevos, sangre, sebo, casquería y otros subproductos de la industria cárnica como piel curtida y sin curtir, pelo, plumas, huesos o cuernos (anexos 2 y 3).

Nuestros animales cuentan con atención veterinaria y todos nuestros productos disponen del certificado de trazabilidad y el sello de calidad ecológica expedidos por las autoridades correspondientes. En caso de necesidades especiales por razones médicas o religiosas, también nos es posible atender pedidos personalizados (anexo 4).

Si precisan de más información sobre las condiciones de nuestra oferta pueden escribirnos a la dirección de la firma, donde les atenderemos con sumo gusto.

Atentamente:

Noé Patriarca.
Explotación ganadera El Arca.
Ararat, s/n. Armenia.
Año 1 del Diluvio

III. MOISÉS Y CÍA

LA DÉCIMA PLAGA

Y Jehová dijo a Moisés:

-Tú dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón, tu hermano, hablará al faraón para que deje ir de su tierra a los hijos de Israel. Pero yo endureceré el corazón del faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos.

Fueron, pues, Moisés y Aarón ante el faraón, e hicieron como lo había mandado Jehová. Sin embargo, el corazón del faraón se endureció, y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová dijo a Moisés:

-El corazón del faraón está endurecido, y no quiere dejar ir al pueblo. Ve por la mañana al faraón, cuando baje al río. Saldrás a su encuentro y le dirás: "*Jehová, el Dios de los hebreos me ha enviado a ti, diciendo: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto; pero hasta ahora no has querido oír. Así ha dicho Jehová. En esto conocerás que yo soy Jehová: voy a golpear con la vara que tengo en mi mano el agua que está en el río, y se convertirá en sangre*".

Moisés y Aarón hicieron como lo mandó Jehová. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió una plaga de ranas. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió una plaga de piojos. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió una plaga de moscas. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió una peste que diezmó al ganado de Egipto. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová hizo enfermar de pústulas a los egipcios. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió una granizada que destruyó cuanto se hallaba sobre los campos de Egipto. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió una plaga de langosta. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió unas tinieblas que duraron tres días. Pero el corazón del faraón se endureció y no los escuchó, como lo había dicho Jehová.

Entonces Jehová envió la décima y más mortífera de todas las plagas que se abatieron sobre Egipto: la televisión. Y cuando el faraón vio cómo sus súbditos atendían a los programas del corazón, los culebrones, las retransmisiones deportivas, las tertulias, los concursos y las mil y una variantes de *Gran Hermano*, su corazón al fin se ablandó y permitió a los hijos de Israel abandonar Egipto.

LA DIETA DE LOS DIOSES

Parapetado tras la impoluta mesa de la consulta, el médico miraba a su cohibido paciente con un adusto ademán teñido de reproche, al tiempo que esgrimía con gesto airado el mazo de hojas donde venían reflejados los resultados de los análisis clínicos a los que éste había sido sometido.

-El colesterol, alto. Los triglicéridos, por las nubes. La glucosa, al límite. La tensión, alta y descompensada. El sobrepeso, disparado... desde luego es para felicitarle; hace falta realmente mucho tesón para conseguir empeorar estos resultados de forma tan notable como usted lo ha hecho.

-Yo... -protestó el aludido con timidez, sin atreverse siquiera a levantar la mirada.

-Mire, se lo voy a decir bien claro para que luego no se escude en la excusa de que no me ha entendido bien. -era evidente que la diplomacia no figuraba entre las virtudes del galeno- Si usted quiere suicidarse adelante, está en su perfecto derecho, pero sepa que lo hará bajo responsabilidad suya, no mía. Lo que no podrá hacer, porque yo no lo permitiré, es intentar echarnos la culpa a nosotros; conste que queda advertido. Y desde luego, tampoco estaremos demasiado predispuestos a la hora de intentar librarle de las consecuencias de su propia negligencia.

-¿Y qué quiere que haga? -suspiró humildemente el desdichado.

-Lo sabe de sobra. -bufó el implacable censor- Pero se lo repetiré una vez más; la última -recalcó-. Tiene que cambiar drásticamente de hábitos alimenticios, es fundamental que se olvide de esa comida basura que tanto parece gustarle y empiece a comer alimentos sanos: fruta, verdura, legumbres, hortalizas, pescado, carnes magras... nada que cualquiera con dos dedos de frente no sepa. Aparte, claro está, de hacer ejercicio; nada violento, porque no es usted ningún muchacho, pero sí suave y continuo como caminar a buen paso al menos una o dos horas al día.

-Pero si eso ya lo vengo haciendo desde hace mucho tiempo... -objetó a modo de débil protesta.

-Pues no se nota. -fue la tajante respuesta- Así pues, ande todavía más, que no le vendrá mal.

-Está bien, lo intentaré... -concedió sin demasiado convencimiento el cada vez más abatido paciente.

-Más le vale. -fue la soterrada amenaza- Le doy un año de plazo; vuelva entonces a repetirse los análisis y, sólo si éstos han mejorado, venga a verme. Si no... ni se moleste en aparecer por aquí, porque me negaré a recibirle. Y ahora, si me lo permite, tengo más pacientes esperando. -zanjó la entrevista levantándose con brusquedad de la silla, en una clara invitación para que se fuera.

-De acuerdo, doctor, como usted diga... -musitó el paciente al tiempo que se encaminaba hacia la puerta con mansedumbre.

Mientras abandonaba el consultorio, Moisés no dejaba de darle vueltas a las palabras del médico, tan antipáticas como ciertas. Claro está que era muy sencillo opinar sin ponerse en su pellejo. Le habría gustado ver al estirado médico, con toda su prosopopeya, desayunando maná, comiendo maná, merendando maná y cenando maná de forma exclusiva durante cuarenta años. Como si a él le gustara el maldito alimento, que por si fuera poco resultaba ser insano. Pero a ver quién era el guapo capaz de encontrar otra cosa comestible en el secarral del Sinaí. Verdura, qué ironía... habría sido capaz, casi, de llegar al asesinato con tal de poder disfrutar de un buen plato de espinacas... si hasta las cabras eran a duras penas capaces de sustentarse con los raquíticos hierbajos que crecían entre las piedras, a ver quién era el guapo que encontraba en el desierto algo con lo que poder variar tan monótona dieta; allí no había restaurantes, ni supermercados en los que hacer la compra.

Suspirando, se encaminó hacia la vaguada en la que los suyos estaban acampados aguardando su regreso; todavía les quedaba mucho camino por recorrer y, añadió mentalmente haciendo una mueca de repugnancia, mucho maná que comer.

COMO CAÍDO DEL CIELO (I)

Como todas las mañanas desde que, muchos años atrás, los israelitas se internaran en el desierto de Sinaí huyendo de la esclavitud a la que les habían sometido los egipcios, Moisés y su hermano Aarón, salieron de la tienda en busca del maná que milagrosamente les enviara Dios desde el cielo, su único sustento en un territorio tan inhóspito que incluso los lagartos y las alimañas lograban a duras penas sobrevivir.

Llevaban consigo las escudillas que les permitirían recoger el alimento que a modo de nieve caía con mansedumbre todas las mañanas cubriendo con una capa blanca los alrededores del campamento del Pueblo Elegido. Pero aquel día algo no marchaba bien, como pudieron comprobar nada más alzar la pieza de lona que hacía las funciones de puerta.

-Moisés, ¿qué ocurre? -preguntó Aarón a su hermano señalando con un gesto el exterior de la tienda- ¿Dónde está el maná?

Porque éste, lejos de presentar el tradicional aspecto nevado al que tan acostumbrados estaban, mostraba en su cruda desnudez el pedregoso y árido suelo del desierto salpicado, eso sí, cada cierto tiempo por unos extraños paquetes.

-No tengo ni idea... -gruñó el interpelado- esto no había pasado nunca.

-Si no hay maná, ¿qué vamos a comer ahora? -gimió su hermano.

-¿Cómo quieres que lo sepa? -le espetó Moisés en tono acre- Tendremos que salir y averiguarlo. Me intrigan esos paquetes... -añadió, al tiempo que franqueaba el umbral de la tienda.

-¡Moisés, ten cuidado! -gritó de repente su hermano.

Éste se detuvo, a tiempo de ver como un objeto, caído aparentemente desde arriba, golpeaba el suelo con un ruido sordo apenas a unos centímetros de su pie derecho. Sin darle tiempo para reaccionar, un segundo impactaba contra su cabeza sumiéndole en la oscuridad.

* * *

-¿Qué ha pasado? -fue la primera frase que articuló tras recobrar el conocimiento; no se encontraba nada bien, la cabeza le dolía terriblemente y al palparse la sien sintió como si una daga le atravesara el cráneo- ¡Uf!

-No te toques la cabeza. -oyó que le decía su hermano- Uno de esos paquetes te dio de lleno y te hizo perder el conocimiento. No es nada grave, pero tienes un hermoso chichón que te dolerá durante algún tiempo.

-¿Paquetes? -tardó varios segundos en coordinar sus dispersas ideas- ¡Ah, sí, esas cosas que aparecieron alrededor de las tiendas! -y gracias a una asociación de ideas añadió- ¿Y el maná? ¿Apareció al fin?

-Es que ese es el maná... -respondió Aarón con voz queda- Al parecer, ahora viene empaquetado.

-¿Cómo dices? -se sorprendió Moisés intentando levantarse del lecho, al precio de experimentar un doloroso latigazo en su maltratada cabeza.

-Pues eso, que los paquetes de marras contienen precisamente maná. Compruébalo tú mismo.

Y le alargó un paquete similar a aquel que casi le había descalabrado.

Moisés lo cogió en sus manos y lo miró con atención. Estaba cerrado, así que lo abrió despegando las solapas; dentro había un polvo blanco y compacto que olía a maná... y sabía a maná, como pudo comprobar por el expeditivo método de hundir los dedos en él llevándoselos posteriormente a la boca.

-¡Hum! -gruñó el caudillo israelita, conteniendo a tiempo el gesto reflejo de rascarse con la mano libre el cuero cabelludo- Aquí hay algo raro. Desde luego es maná, pero ¿por qué ha caído así en vez de hacerlo como siempre, en forma de copos?

-No lo sé. -reconoció humildemente su hermano- Pero la gente lo ha comido sin el menor problema; una vez que dejaron de caer los paquetes del cielo, pudimos recogerlos sin problemas.

-Aquí viene algo escrito... -masculló el caudillo- quizá podamos salir de dudas.

Y dando la vuelta al paquete, leyó:

MANÁ

Composición: Maná puro 100%. Sin aditivos
Peso neto: 1.000 gramos
Listo para consumir
Valor nutricional medio para 100 g. de producto seco:
Valor energético: 485 Kcal. / 2.045 KJ.
Proteínas: 6,5 g.
Hidratos de carbono: 68 g.
Grasas / Lípidos: 21 g.
Fibra alimentaria: 3,5 g.

Este producto puede contener trazas de gluten, frutos secos de cáscara dura, o soja.

Los diabéticos deberán consumirlo con precaución y, en caso de duda, consultarlo con su médico.

Este envase cumple con los requisitos marcados por la nueva normativa de expedición de alimentos.

Si encontrara alguna anomalía, o deseara hacer alguna reclamación o sugerencia sobre el mismo, diríjase a Dios con una oración indicando la referencia que figura en la etiqueta.

Consumir preferentemente antes de 3 días a partir de la fecha de recolección.

* * *

-Pues vaya invento. -rezongó Moisés- Con lo fácil que era antes...

-Bueno, pero así resulta mucho más higiénico que andar recogiéndolo por el suelo. -objetó su hermano- Además, de esta manera sabemos lo que comemos, no como antes.

-Será más higiénico, pero también más doloroso. -porfió el dolorido profeta acordándose del porrazo.

-No, basta con esperar a que terminen de caer los paquetes. -insistió Aarón con tozudez- A mí me parece bien; hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, y bueno es aprovecharse de sus avances.

-Como prefieras, pero en cualquier caso empiezo a estar harto de esta dieta a base del dichoso maná. ¡Lo que daría yo por un buen asado! A ver si conseguimos salir de

una puñetera vez de este maldito desierto, porque ya está bien de andar dando vueltas para un lado y para otro como si fuéramos peonzas; como la cosa siga así, acabaremos pudriéndonos antes de poder alcanzar esa dichosa Canaán de la que todo el mundo habla pero que nadie ha visto. ¡Ya está bien, hombre, para eso más valía que nos hubiéramos quedado en Egipto; al menos allí teníamos una dieta mucho más variada!

COMO CAÍDO DEL CIELO (II)

Se encontraba Moisés en el interior de su tienda redactando el preceptivo informe sobre lo acaecido en la última etapa de la marcha por el desierto del Sinaí, cuando su hermano Aarón entró precipitadamente chocando casi contra él.

-¿Qué ocurre ahora? -preguntó malhumorado por la interrupción-. ¿Siguen protestando por haber huido de Egipto? No se quejarán de falta de comida, tenemos maná para hartarnos.

-No, no es eso... -titubeó el recién llegado.

-¿Pues qué es entonces? Hermano, he de confesarte que estoy completamente arrepentido de haberme convertido en el jefe de esta panda de llorones que nunca están conformes por nada, pero él -señaló con la mano hacia arriba- no ha querido ni oír hablar de mi dimisión.

-¿Conoces los ingredientes del maná? -le espetó Aarón.

-¿Cómo demonios los voy a conocer? -exclamó irritado el profeta-. Sé lo que todos, que cae del cielo, es nutritivo y no tiene mal sabor... ¿acaso necesitamos saber algo más?

-Es que me ha venido un diabético queriendo saber si tiene azúcar o un edulcorante artificial.

Moisés se quedó inmóvil con la pluma en alto y bufó:

-Está bien, se lo preguntaré en cuanto pueda.

-Pregúntale también si lleva sal, porque los hipertensos están preocupados. ¡Ah! se me olvidaba, y colesterol.

-Vale. ¿Eso es todo?

-Pues no... Aarón sacó una lista del bolsillo de la túnica y leyó:

-Un comité reclama que se les provea de maná sin lactosa. Les he preguntado si todos ellos tenían intolerancia a ella, y me han respondido que algunos sí, pero que el resto prefieren evitarla porque tienen entendido que puede resultar indigesta.

-¡Vaya por Yahvé! -rozó Moisés la blasfemia-. Encima señoritos...

-Asimismo -continuó impertérrito Aarón- otro comité hace idéntica reclamación respecto al gluten. Sólo hay que yo sepa un par de celíacos en el campamento, pero son al menos medio centenar los que afirman que los alimentos sin gluten son más saludables.

-¿Alguna otra alegación de enfermedad, alergia o cualquier otro motivo de posible exclusión por razones médicas? -gruñó el profeta al tiempo que desgranaba mentalmente todas las posibles formas de meterles el maná en el cuerpo, sin que pasara previamente por la boca, a todos aquellos incordios.

-En esos términos no... -suspiró su hermano sacando otra lista-. Pero también me han hecho llegar sus correspondientes reclamaciones los que exigen que el maná esté elaborado exclusivamente con ingredientes naturales de origen ecológico y sin aditivos; los que reclaman la versión *light*; los que se niegan a comerlo hasta que no se les garantice que es un alimento vegano; los que sin llegar a tanto piden que los ingredientes de origen animal procedan de animales de granja felices; los que rechazan las grasas saturadas y las trans, incluyendo las de origen animal; los abstemios que sospechan que puedan existir trazas de alcohol; los que están en contra de los alimentos refinados y ultraprocesados; los que quieren que se le enriquezca con fibra o con probióticos; los...

-¡Basta ya! -le interrumpió Moisés al borde de la apoplejía-. ¿Es que no hay en todo el puñetero campamento nadie que se coma el maná sin remilgos ni tonterías de ningún tipo?

-Pues... -vaciló Aarón-. Tú, yo, y algunos más.

-¡Quién me mandaría a mí meterme en estos berenjenales! -se lamentó exasperado el profeta rasgándose las vestiduras-. ¡Con lo tranquilo que estaba en la corte del faraón sin necesidad alguna de aguantar a estos gaznápiros! ¡No han pasado ni dos meses desde que salimos de Egipto y ya me tienen hasta la mismísima coronilla! ¿Cuándo terminará esta maldita travesía por el desierto?

Si llega a saber que todavía le quedaban cuarenta años por delante, le da un síncope allí mismo.

EL UNDÉCIMO MANDAMIENTO

Y dijo Dios a Moisés:

-Yo, Yahvé, que os saqué de la servidumbre de Egipto, os entrego estos Mandamientos para que obedezcáis y respetéis mi Ley:

-Primero, no adorarás a dioses ajenos.

(...)

-Décimo, no codiciarás los bienes ajenos.

-Undécimo...

-Disculpa, Señor -intervino Moisés, presa de una gran agitación.

-¿Cómo osas tú, mísero mortal, interrumpir a tu Dios? -tronó iracundo Yahvé-. ¿Acaso pretendes que te fulmine con mi poder?

-¡Oh, no, señor! -gimió el infeliz prosternándose todavía más-. Perdona mi atrevimiento, pero yo tan sólo quería indicarte que mi pueblo, lamentablemente, es analfabeto...

-¿Y...?

-Pues que los pobres tan sólo saben contar hasta diez... con los dedos de las dos manos. Y tú ibas ya por el undécimo Mandamiento...

-Está bien -concedió Dios reprimiendo su malestar-. Lo dejaremos en diez. Al fin y al cabo el resto no eran demasiado importantes.

Y así, Dios entregó a Moisés dos tablas de piedra escritas con su propio dedo.

Descendió Moisés del monte Sinaí para reunirse con su pueblo, mientras Dios se retiraba al cielo al tiempo que rezongaba:

-Diez dedos... ¡inútiles! Para la próxima Creación ya me cuidaré yo de que tengan al menos veinte, por mucho que dejen de estar hechos a mi imagen y semejanza. Por lo menos, así me ahorraré problemas.

LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL MAR ROJO (I)

Y extendió Moisés su mano sobre el mar, y éste se secó y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron por medio del lecho seco del mar, teniendo las aguas como muros a su derecha y a su izquierda. Y siguiéndolos, los egipcios entraron tras ellos hasta la mitad del mar, toda la caballería de Faraón, sus carros y su gente de a caballo.

Entonces Moisés extendió su mano sobre el mar y cuando amanecía las aguas volvieron a su lugar y cubrieron los carros y la caballería y todo el ejército de Faraón, e Israel vio a los egipcios muertos.

Y cuando Moisés llegó, tras su pueblo, a la otra orilla, se encontró allí con un ángel que le habló de la siguiente manera:

-Moisés, en el paso del Mar Rojo tu pueblo ha rebasado la duración permitida por el Servicio de Huida de Egipto Regulado (S.H.E.R.), por lo cual te extiendo este aviso de denuncia por infracción de la normativa específica reguladora del S.H.E.R. No obstante, y dado que el tiempo rebasado no ha llegado a exceder de los límites establecidos, te informo de la posibilidad de anular esta denuncia siempre que se abone en el acto un importe de cien talentos de plata.

A lo cual respondió Moisés:

-¿Cien talentos? ¡Vaya sablazo!

LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL MAR ROJO (II)

Anunciaron al faraón que había huido el pueblo de Israel, y el corazón del faraón y los de sus servidores se volvieron contra éste y dijeron:

-¿Qué es lo que hemos hecho, dejando salir al pueblo de Israel y privándonos de que nos sirva?

El faraón hizo preparar su carro y llevó consigo a su ejército. Tomó seiscientos carros escogidos y capitanes para mandarlos. Yahvé endureció el corazón del faraón, rey de Egipto, y el faraón persiguió a los hijos de Israel; l; pero los hijos de Israel gozaban de una protección poderosa.

Los egipcios llegaron en su persecución al lugar donde acampaban. El faraón se acercaba; los hijos de Israel, alzando los ojos, vieron a los egipcios marchar contra ellos, y, llenos de terror, clamaron a Yahvé y dijeron a Moisés:

-¿Es que no había sepulcros en Egipto, que nos has traído a morir al desierto? ¿Por qué nos has sacado de Egipto?

Moisés les respondió:

-No temáis, manteneos firmes y veréis la victoria que en este día os dará Yahvé, pues los egipcios que hoy veis no volveréis a verlos jamás.

Yahvé ordenó a Moisés que los hijos de Israel se pusieran en marcha.

Así lo hicieron, pero se encontraron con unos guardias que les cortaban el paso.

-¿A dónde vais? -les preguntaron, impidiéndoles continuar-. Sabed que hemos terminado de excavar un canal que unirá los dos mares y por el que podrán cruzar los navíos, ahorrándose así muchos meses de azarosa navegación. Todavía se encuentra enjuto, puesto que los ingenieros no han retirado los tapones de tierra que lo separan de los dos mares, pero pronto procederán a hacerlo y las aguas correrán impetuosas a rellenar su seno. Si continuáis adelante moriréis aplastados por su furia.

-Os agradecemos la advertencia, nobles guardianes -respondió Moisés-. Pero la urgencia nos apremia, ya que nos persigue el cruel faraón con todo su ejército para capturarnos. Preferimos arrostrar el peligro de morir ahogados antes que volver encadenados a Egipto, donde nos aguarda una vida de esclavitud y pesadumbre.

-Pasad pues -respondieron franqueándoles el camino-, pero no tendremos la culpa de si, por huir del faraón, perecéis bajo las aguas. Hacedlo, pues, bajo vuestra responsabilidad.

Pero Yahvé velaba por su pueblo, por lo cual oscureció el corazón de los ingenieros, que a orillas de los dos mares aguardaban, para que no abrieran a las aguas el canal hasta que éste no hubiera atravesado su seco lecho alcanzando sin percance la otra orilla.

Los egipcios los persiguieron, y todos los caballos del faraón, sus carros y sus soldados entraron en el canal en pos suyo.

Yahvé hizo que las ruedas de los carros se trabaran, de modo que sólo muy penosamente avanzaban. Despejó entonces el corazón de los ingenieros, infundiéndoles el deseo de abrir las barreras que mantenían retenidas las aguas de forma que éstas, a modo de murallas, avanzaron por los dos extremos del canal hasta encontrarse en la mitad de éste, donde los carros del faraón permanecían detenidos por voluntad de Yahvé.

Las aguas, al reunirse, cubrieron carros, caballos y a todo el ejército del faraón que perseguía al pueblo de Israel, y no se salvó ni uno solo.

Aquel día libró Yahvé al pueblo de Israel de los egipcios, cuyos cadáveres vieron desde la otra orilla del canal.

PROBLEMAS DE COMPATIBILIDAD

Y Yahvé entregó a Moisés los diez Mandamientos.

Y Moisés bajó del monte Sinaí y llevó los diez Mandamientos a su pueblo.

Y Moisés volvió a subir al Monte Sinaí.

Y Yahvé le preguntó irritado, puesto que le había interrumpido cuando había comenzado a diseñar la creación de un nuevo mundo:

-¿Por qué me interrumpes, Moisés, cuando ya te di los Mandamientos para que los cumpliera tu pueblo?

-Disculpa, Señor, no era mi intención molestarte, pero es que me diste el fichero en formato odt, y nos ha sido imposible abrirlo con nuestros procesadores de texto...

-¡Claro! -exclamó Yahvé-. Esto os pasa por adorar al Becerro de Oro. ¿Por qué -logró contenerse justo antes de mentar a su secular archienemigo- diantre no usáis *software* libre? ¿Es que mi pueblo elegido no puede migrar al entorno linux, como Dios manda?

-Señor -respondió tímidamente Moisés-, no nos importaría en absoluto hacerlo, pero tememos que esto nos pueda crear problemas de compatibilidad con los documentos que nos envían las tribus vecinas, ya que todas ellas adoran, como tú bien sabes, al Becerro de Oro.

-¿Acaso no valgo yo más que todos los posibles Becerros de Oro? -bramó Yahvé, presa de una justa y divina indignación-. ¿Acaso no es a mí a quienes debéis obedecer y reverenciar, con independencia de lo que hagan esas tribus idólatras a las que yo maldigo?

-Señor, tienes razón, pero...

-No hay excusas que valgan. Os di las Tablas de la Ley en el formato correcto, y así lo respetareis si no queréis ser víctimas de mi cólera. Y ahora márchate de aquí y no me vuelvas a molestar más, no sea que me canse y te fulmine con un rayo.

Así lo hizo el cohibido Moisés, al tiempo que consideraba la manera de comunicar a los israelitas el fracaso de su misión.

-Como no sea que el chico de Aarón, que es muy espabilado para estas cosas, sepa buscar por internet la manera de convertir el dichoso fichero... -se decía apesadumbrado

mientras descendía por las escarpadas laderas.

LA VERDADERA HISTORIA DE LAS MURALLAS DE JERICÓ

Las murallas de Jericó estaban cerradas por temor a los israelitas. Entonces el Señor dijo a Josué:

-Yo he puesto en tus manos a Jericó y a su rey. Por eso los guerreros deberán dar una vuelta alrededor de la ciudad durante seis días. Además, siete sacerdotes irán delante del Arca llevando siete trompetas. El séptimo día deberán dar siete vueltas alrededor de la ciudad, y los sacerdotes harán sonar las trompetas y todo el pueblo prorrumpirá en fuertes gritos de guerra. Entonces los muros de la ciudad caerán sobre sí mismos y el pueblo se lanzará al asalto.

Josué convocó a los sacerdotes y a su pueblo y les transmitió el mensaje del Señor. Enseguida se hizo lo que Josué había dicho: los siete sacerdotes avanzaron tocando las trompetas, mientras el Arca de la Alianza iba detrás de ellos. Los guerreros marchaban delante de los sacerdotes, y en ningún momento se dejó de tocar las trompetas.

Así se hizo durante seis días, y también el séptimo tal como les había ordenado el Señor. Pero las murallas de Jericó no se derrumbaron ni ese día ni tampoco ninguno de los siguientes. Llevaban ya Josué y su pueblo más de cien días dando vueltas a las murallas, tocando las trompetas y lanzando gritos de guerra sin el menor resultado, y la desesperación comenzaba a hacer mella en sus espíritus, pues se veían abandonados por el Señor y humillados por las burlas de sus enemigos.

Comenzaba Josué a considerar el abandono de Jericó cuando el Señor se le apareció en su tienda y le dijo:

-Olvidaos de las trompetas y de los gritos de guerra, que para nada han servido, pero no levantéis el cerco a la ciudad. Mantenedlo firme y, mientras tanto, enviad mensajeros para que traigan un grupo de rock duro, el más cañero que puedan encontrar. Traedlo aquí y repetid lo que habéis estado haciendo, pero con ellos tocando su repertorio a todo volumen en lugar de las trompetas de los sacerdotes.

Así lo hizo Josué. Envió mensajeros a un festival cercano y éstos trajeron al grupo más duro de todos los que participaban en él. Organizaron las vueltas alrededor de las murallas de Jericó tal como el Señor les había ordenado, y ni tan siquiera fue necesario esperar al séptimo día y a que el pueblo de Israel lanzara sus gritos de guerra, ya que al tercer día las murallas se derrumbaron con estrépito y los guerreros asaltaron la ciudad pasando a cuchillo a hombres y mujeres, niños y ancianos, vacas, ovejas y asnos. Así se cumplió la voluntad del Señor.

LA VERDADERA HISTORIA DE JOSUÉ

Cinco reyes de los amorreos se juntaron y marcharon con todos sus ejércitos acampando cerca de Gabaón, aliada de los israelitas, a la que cercaron.

Los habitantes de Gabaón pidieron ayuda a Josué. Éste vino a ellos de repente y los hirió con una gran mortandad. Entonces Josué dijo en presencia de los israelitas:

-¡Sol, detente en Gabaón!

Pues deseaba acabar por completo con sus enemigos. Pero el sol no se detuvo y continuó impertérrito su camino. Entonces, Josué ordenó a su lugarteniente:

-Encended los focos, porque como se nos haga de noche estamos aviados.

Y continuó para sí:

-Y como se nos gasten las baterías antes de tiempo, también. Menos mal que cambiamos todas las bombillas antiguas por leds, porque si no, no aguantamos ni siquiera media hora.

LA VERDADERA HISTORIA DE MOISÉS Y LA TIERRA PROMETIDA

Desde la cima del monte Nebo Moisés vislumbraba la fértil llanura de Canaán, la Tierra Prometida que Yahvé había entregado a los hebreos. Habían sido muchas las penalidades padecidas por su pueblo desde que huyendo de la esclavitud en Egipto habían logrado cruzar el Mar Rojo, dejando atrás la furia del faraón tan sólo para vagar durante cuarenta años por el inhóspito desierto del Sinaí.

Había resultado extremadamente duro, sobre todo para él que, como líder de los díscolos hebreos por designación divina, se había visto obligado a enfrentarse con situaciones muy complicadas. Pese a haber desfallecido en más de una ocasión, había logrado sus propósitos conduciendo a su pueblo hasta las puertas de la tierra en la que manaba leche y miel.

Allá abajo, a sus pies, veía como el Pueblo Elegido iba entrando de forma ordenada en Canaán, lo que infundió un cálido sentimiento de placer en su encallecido corazón. Él, como conductor suyo, había decidido hacerlo en último lugar.

Cuando comenzaron a ralear los grupos que esperaban su turno, Moisés descendió renqueando por la escarpada ladera del monte, ya que el efecto conjunto de la edad y las penalidades sufridas durante la interminable travesía por el desierto habían minado su otrora recia salud. Pero no le importaba morir siquiera un instante después de haber pisado la Tierra Prometida, con tal de haber logrado el objetivo al que consagró su larga vida. Su pueblo estaba en buenas manos bajo el liderazgo de Josué, y él se encargaría de asentarlos en su nueva patria.

Llegó finalmente a la llanura y apoyándose en su báculo se colocó humildemente al final de la menguante fila. Ya eran muy pocos los que quedaban por alcanzar la deseada meta, por lo que no tardó demasiado en llegar a la línea fronteriza. Una vez allí enseñó su documentación al agente de aduanas y éste, tras examinarla con atención, se la devolvió con gesto adusto al tiempo que le dirigía unas palabras que le helaron el corazón.

-No puede pasar -le espetó el guardia fronterizo.

-¿Por qué? -preguntó sorprendido el patriarca.

-Porque usted es ciudadano egipcio, y su nación es enemiga de Canaán.

-Pero... ¿y ellos? -respondió perplejo señalando con el báculo a los hebreos, que habían cruzado sin problemas la frontera y aguardaban expectantes a que él lo hiciera.

-Eso es distinto, son hebreos que huyen de la persecución del faraón acogidos como refugiados. Pero usted es *egipcio* -enfatizó el término esgrimiéndolo a modo de insulto-, y los egipcios tienen prohibida la entrada en nuestro país.

Moisés, desesperado, le explicó los avatares de su vida: como siendo hebreo de nacimiento había sido arrojado recién nacido a las aguas del Nilo en cumplimiento de una orden del cruel faraón; como había sido rescatado de las aguas y adoptado por la hija del faraón; como había crecido y vivido convertido en príncipe egipcio; como viendo las penurias de su pueblo había renegado de la corte real convirtiéndose en el líder de los hebreos y encabezando su lucha por liberarse de la esclavitud; como los había conducido hasta Canaán tras la larga y penosa estancia en el Sinaí; no sólo era hebreo, era además el más hebreo de todos.

Pero el policía se mantuvo inflexible en su decisión.

-Lo siento. Entiendo lo que usted me dice y doy por hecho que es cierto; pero no puedo hacer nada por usted, ya que las órdenes que me veo obligado a cumplir son tajantes: los egipcios tienen prohibida la entrada en Canaán y usted, a efectos legales, es un ciudadano egipcio.

-¡No lo soy! -exclamó frenético rasgando sus documentos y arrojando los pedazos al viento-. No lo soy, y ya no tengo documentos. Soy un apátrida que solicita asilo político.

-Lo siento mucho -repitió el policía-, pero con documentos o sin ellos para el gobierno de Canaán usted es egipcio con todas sus consecuencias. Así pues, le ruego que abandone este lugar y se marche a donde estime más oportuno.

Dicho lo cual, dio media vuelta y ordenó a sus subordinados que cerraran la puerta.

Moisés se quedó solo, anonadado frente a la frontera de Canaán mientras veía a los miembros de su pueblo seguir adelante sin que siquiera uno volviera la vista atrás para contemplar como el que fuera su jefe indiscutible durante décadas quedaba atrás sin poder hollar siquiera la Tierra Prometida, una ingratitud que le dolió todavía más que ver frustrado el deseo que había alentado durante la mayor parte de su larga vida.

Suspirando con tristeza, volvió sobre sus pasos y se adentró en el desierto. Albergaba la esperanza de que el Señor no se hubiera olvidado también de él, de forma

que pudiera proveer su subsistencia aunque fuera a base del insípido maná durante los años que le quedaran de vida. Pero ni siquiera de eso podía estar seguro.

LA VERDADERA HISTORIA DEL BECERRO DE ORO

Viendo los israelitas que Moisés no descendía del monte Sinaí, se acercaron a Aarón y le dijeron: haznos dioses que nos guíen; porque a Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le puede haber acontecido.

Y Aarón recogió las joyas que le entregaron, las fundió y, como era habilidoso, hizo con ellas un becerro de oro provisto de una pantalla de televisión capaz de reproducir todos los canales. Entonces ellos exclamaron: Israel, éstos son tus dioses. Y al día siguiente madrugaron, celebraron su suerte y se pusieron todos a ver la televisión sentados en torno al becerro de oro.

Sabedor de lo ocurrido, dijo Yahvé a Moisés: desciende a la llanura, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido. Pronto se han apartado del camino que yo les designé; han construido una televisión y sólo se dedican a ver telebasura en ella.

Moisés descendió del monte Sinaí, trayendo en sus manos las dos Tablas de la Ley que había escrito el propio Yahvé. Y cuando llegó al campamento y vio la televisión, y como su pueblo seguía con delectación los más pérfidos y deleznables programas, ardió de indignación y arrojó las tablas de sus manos, quebrándolas al pie del monte. A continuación tomó el televisor que habían fabricado, lo quemó en el fuego y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas y dio a beber a los hijos de Israel.

Castigó entonces Moisés a los adoradores de la telebasura ordenando a los hijos de Leví que los pasaran a cuchillo, cayendo bajo sus espadas tres mil hombres.

Al día siguiente Moisés reprendió a los israelitas por haber cometido tan grave pecado, y volvió a subir al monte Sinaí para implorar el perdón de Yahvé, el cual, tras amonestarlo severamente, le entregó dos réplicas de las Tablas de la Ley, idénticas a las que éste había quebrado, no sin antes advertirle que no consentiría que tamaño sacrilegio volviera a repetirse.